



EL PRÍNCIPE ENCANTADOR

— POR —

JAQUE CATTELAÏN
NATHALIE HOWARD
y NICOLAS KOLINE



EDICIONES DE
Novela Semanal
Integración



Roma Semanal



COLECCION DE OBRAS MAESTRAS

EL PRÍNCIPE ENCANTADOR

LE PRINCE CHARMANT, (1924)
Adaptación cinematográfica de la hermosa novela de
W. PHILIPPOFF

Dirección de V. TOURJANSKY

Sublime interpretación de los célebres artistas

JAQUE CATELAIN,

NATHALIE KOWANKO y NICOLAS KOLINE

Edición CINÉ-FRANCE-FILM

WESTI CONSORTIUM DEL C. I. E. C.

"PRESENTACIONES DEL C. I. E. C."

SUS GRANDES SUPERPRODUCCIONES

CONSORCIO INTERNACIONAL DE EXPLOTACIONES CINEMATOGRAFICAS
(POR CONTRACCION COMERCIAL)

C. I. E. C.

CENTRAL: ARACÓN, 221 BIS - BARCELONA
SUCURSALES: MADRID, VALENCIA, BILBAO



(MARCA REGISTRADA)

REFUNDICIÓN ESCRITA EX PROFESO PARA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

POR EL ADAPTADOR LITERARIO DE PELICULAS "RENZO"

J. HORTA, Impresor. - Gerona, 11 - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

Reservado por la
censura militar

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

EDICIONES

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

GRAN VÍA CAYETANA, 12. - TELÉFONO 431 A - BARCELONA

EL PRÍNCIPE ENCANTADOR

ENSUEÑOS, FANTASÍAS, AMORES, AVENTURAS...

ILUSIÓN DE UN PRÍNCIPE

Sobre las puras ondas de los mares misteriosos de la patria de las badas, de la cuna de la aurora, del país de la luz y de los sueños... del mágico Oriente, navegaba un yacht principesco, estelando las manisas aguas con huellas de blanca espuma, que refulgía blanquísima bajo los rayos de la luna

que lucía esplendente en el diáfano firmamento, donde extraño parecía que no chocara con las innumerables estrellas que brillaban como multitud de gigantescos diamantes.

Aquel hermoso navío de escaso tonelaje, pero de silueta esbelta y grácil, dotado de potentes máquinas que podían imprimirle las velocidades de los reyes del mar, navegaba, no ciertamente al azar, por cuanto sus tripulantes eran viejos marineros muy duchos y experimentados, pero sí sólo obedeciendo las inspiraciones de su joven propietario, el príncipe Rinaldo.

Todas las mujeres han soñado unos instantes en los príncipes aquellos de quimera que han visto encarnados en los cuentos que solazaron su niñez, desencantando princesas, matando dragones gigantes, ganando reinos y derrotando brujas y duendes. Todas ellas han pensado alguna vez en ser raptadas por aquel simpático personaje fabuloso... aunque sólo fuera en los instantes de ilusión... aunque sólo fuera en sueños...

Rinaldo bien podemos decir que era el príncipe encantador en carne y hueso, el amante ideal de las mujercitas, el protagonista concebido en cabezitas fantásticas, héroe de tantos y tan extraordinarios cuentos de amor.

Contaba apenas veinticuatro años. Hijo del Príncipe reinante Wladimiro, magnate decrepito, próximo al fin de sus días, estaba destinado a



El Príncipe Rinaldo

JACQUE CATELAIN

sentarse en el trono de sus mayores, donde fuerza es confesar que había de hacer espléndida figura. Su rostro quizá demasiado perfecto, estaba animado por dos ojos enormes, negros como el azabache, que brillaban de un modo intenso e irresistible cuando se posaban con energía en cualquiera, o con admiración en una mujer hermosa. Su boca, finamente dibujada, denotaba una firmeza de carácter poco común y poscía esos labios que toda mujer, allá en lo más recóndito de su corazón, concibe envueltos entre los vapores del beso ignorado, destacándose tentadores sobre un rostro indefinido.

De estatura regular y elegantes ademanes, derramaba en derredor esa simpatía indescriptible que tanto seduce y subyuga... Una cortesana romana hubiera enloquecido ante su varonil hermosura, y una romántica del décimonono siglo hubiera languidecido bajo su mirada magnética. Las mujeres modernas ponderaban su elegancia, galanura y distinción.

Su espíritu era el espíritu de un poeta, de un soñador, de un aventurero... esas grandes artistas de la vida, agitada y pendenciera.

Le hubiera gustado nacer en la misma cuna que nació sus primeros sueños, pero tres o cuatro siglos atrás. En aquellas épocas venturosas en que los soberanos de su Principado capitaneaban bergantines casi piratas y conducían a innumerables huestes de vistoso aspecto al asalto de castillos y a

la conquista de laureles en los campos de batalla.

Pero él había nacido en un siglo en el que se guerreaba con gases asfixiantes y desde inmundas y horrendas trincheras, se viajaba en ferrocarril o automóvil, y ya no existía reino alguno en poder de infieles, ni América por conquistar.

Su mayor admiración era para Godofredo de Buillon, el héroe cruzado... Las Cruzadas constituían para él la epopeya más grande que jamás vivir pueda la humanidad... Pero ahora no hay obstáculos para visitar tranquilamente el Santo Sepulcro, y para recorrer los Santos Lugares basta, simplemente, con proveerse en cualquier agencia de viajes de los correspondientes billetes e itinerarios.

En vista de todo lo cual, Rinaldo pidió y obtuvo de su padre el permiso para emprender un crucero a bordo de su yacht por tiempo indefinido. Ya que el modernismo lo había prosificado todo, el Príncipe soñador decidió ir en busca de los lejanos países en donde aun se sueña un poco... Y así le encontramos en Oriente, embelesado por las noches poéticas, por el ambiente eflorescente del país mágico.

Le acompañaba en su quijotesco y simpático viaje la princesa Palowna, viuda de Fritzburg, respetable dama más fea que un pecado, cuyas intrigas la habían hecho famosa y hasta influyente en la corte del Principado.

La Princesa acariciaba la idea de casar al Príncipe Rinaldo con su hija, la Duquesa Carlota de Fritzburg, estupenda mujer de unos veintiocho



La Duquesa Carlota de Fritzburg CLAUDE FRANCE

años, rubia, alta, espléndidamente formada, que había heredado el espíritu altanero y antipático de su madre. A Carlota, lo de casarse con Rinaldo

le parecía lógico premio a sus dotes y talento, y no encontraba nada que se opusiera a la realización del mirífico proyecto, aunque por una debilidad, inexplicable en ella, sintiera cierta inclinación por el Capitán Hobbart, comandante del yacht, que la amaba con uno de esos cariños ciegos que lo atropellan todo y hacen al hombre víctima de él y juguete de las locuras de la mujer que se lo inspira.

El *Gaviota*, que tal era el nombre del suntuoso navío, llegó al amanecer a la vista de Yaffah, la hermosa ciudad oriental, patria y residencia de los Califas. Sus cúpulas relucientes como el oro lanzaban espléndidos destellos al devolver al sol los rojizos rayos que aquél prodigo les enviaba y su esbelta silueta, al recortarse sobre el purísimo azul de aquel cielo incomparable, producía un efecto de los más vistosos que darse puedan.

Rinaldo había subido con el alba sobre cubierta y, extasiado, contemplaba el espectáculo de aquella ciudad de maravilla que ante él se extendía. El mar estaba sereno, tranquilo. El yacht había anclado y balanceábase majestuosamente, blanco como las gaviotas que le dieron su nombre.

El Príncipe viajaba de riguroso incógnito y bajo el título de Vizconde Patricio. De ahí, que la llegada del buque no fué saludada oficialmente y nadie paró en él su atención. Eran numerosísimos los magnates de la sangre o del oro que, continuamente, a bordo de sus naves principescas, anclaban



Brick

NICOLAS KOLINE

ante Yaffah seducidos por la espléndida belleza de la misteriosa y bella ciudad.

Hemos descrito a los principales héroes de nuestra historia y nos hemos aventurado en la narración sin haber hablado de Brick.

¿Brick?... ¿Quién es Brick?...

Brick es un bravo marino, infantil y enérgico. Débil para sus pequeños vicios y para el bien. Todos hacen de él lo que quieren, mientras pongan en la petición una miajita de corazón. Pero es fuerte en la abnegación y testarudo e indomable para el mal.

Brick había servido desde su más tierna edad como grumete en las fragatas del Príncipe Vladimir; después, en la escuadra del mismo, hizo todas sus prácticas navales y finalmente entró al servicio particular del Soberano en su flota de recreo.

Bien pronto se hizo amigo del Príncipe, que supo ver en él al servidor fiel y abnegado que tanto buscan los grandes y tan pocas veces encuentran realmente, y el corazón de oro puro del bravo marinero se adhirió al Príncipe con tal afecto que más de una vez en sus correrías por los mares del mundo demostró que estaba dispuesto a dar la vida por él.

Cuando nació Rinaldo, Brick dijo simplemente:

—Nos ha nacido un heredero.

Y siempre que hablaba de él:

—Nuestro Príncipe—decía.

Brick fué, para Rinaldo, niñera, ayo, camarada, cómplice, confidente, esclavo, amigo, siervo y compañero.

Se hubiera dejado despedazar por él, y Rinaldo le quería profundamente.

Naturalmente, del servicio del príncipe Wladimiro pasó al de Rinaldo, de cuyo Yatch era el *factotum*, aunque nunca quiso llevar galones ni distintivos de su autoridad efectiva, pero no nominal.

Su espíritu aventurero de marino congeniaba a las mil maravillas con el del Príncipe, y ambos, lo mismo que si fueran niños, dibujaban itinerarios fantásticos y visitaban países lejanos y misteriosos.

Pero Brick tenía dos debilidades. La primera era su ternura por la cabrita-mascota Nora, un ejemplar blanquísimo y hermoso que viajaba siempre a bordo del navío principesco... Su segunda debilidad era el whisky.

No se concebía a Brick sin un abultado promontorio en mitad del pecho: era la inseparable botella de alcohol, que llevaba siempre debajo de la camiseta.

Muchas veces se divertía haciendo engullir descomunales tragos a Nora, la cual llegó a acostumbrarse tanto a ellos que bien pronto se convirtió en alcohólica redomada y corría siempre detrás de Brick en espera de la pecadora bebida. Por supuesto, en cuanto Nora tragaba el contenido de un vasito pequeñín, que el humorista marino la

ofrecía, éste no perdía el tiempo, sino que, directamente de la botella, hacía pasar al interior de su cuerpo el máximo posible del preciado líquido.

Aquel amanecer, anclado ya el buque, Brick dió a Nora más vasitos que de costumbre, lo cual quiere decir que él bebió más tragos de los que convenía a la seguridad de su equilibrio, pero continuaba bebiendo tan lindamente...

Entretanto, Rinaldo, asomado a la barandilla de su navío, se embriagaba en la contemplación del nacimiento de la imponente aurora en la ciudad fantástica... Al poco rato se le acercó Carlota. La intrigante Duquesa poseía como pocas el arte de la seducción. Efectuaba el viaje única y exclusivamente para *enamorar* al que la política y las ambiciones particulares habían destinado para esposo suyo, pero detestaba aquellos viajes que ella calificaba de insulsos, y el poético Oriente decía tan pocas cosas a su metalizado corazón, que cien veces hubiera preferido quedarse en la capital del Principado... Sin embargo, se levantaba con el alba ganosa de contemplar el espectáculo grandioso de las salidas del sol... y pasaba al lado del Príncipe soñador largas horas sobre cubierta en las noches espléndidas, durante las cuales Rinaldo decía que tomaba baños de plata que la luna le enviaba.

— ¡Cuán venturosos deben ser los afortunados mortales que viven en este país... en la luz radiante,

en el amor avasallador... entre los sueños de encantamiento!—decía el Príncipe a Carlota aquella mañana, completamente embriagado por la poesía excelsa del ambiente.

—¡Oh Príncipe!—exclamó la Duquesa, poniendo los ojos en blanco e imprimiendo a su voz cierta melosidad encantadora, pero rebuscada.—Harto sabéis que una mujer que os ame y sea amada por vos, puede daros en cualquier rincón del mundo esta deliciosa felicidad.

Ya hemos dicho que Carlota era una mujer soberanamente hermosa. Rinaldo no dejaba de sentir los efectos de sus hechizos. Incluso estaba dispuesto a amarla y hubiera deseado quererla mucho para realizar sus sueños dorados sin contradecir la voluntad paterna y los mandatos del Estado... Pero el amor ha de aparecer espontáneamente; nace cuando quiere y se encauza por donde le viene en gana... Y el corazón del Príncipe no había amado aún... Aquella mujer no le desagradaba; es más, le gustaba, pero demasiado advertía que lo único que por ella podría llegar a sentir sería un simple deseo...

Así, pareció no hacer caso de la melosa insinuación de Carlota... La miró sonriente y, señalándole una *chaise longue* en la que una mujer dormida roncaba estrepitosamente, exclamó:

—No parece que la princesa Palowna, vuestra madre, se interese mucho por los paisajes Orien-

tales!... Ha subido conmigo a cubierta deseosa, según dijo, de soñar un poco contemplando a esta hora la ciudad de Yaffah... Pero se ve que no necesita contemplar para soñar mucho!...

Y soltó una franca carcajada, mientras Carlota se mordía los labios.

En aquel momento apareció Nora perseguida por Brick, el cual, si quería sostenerse en pie, debía agarrarse fuertemente a la barandilla...

—¡¿Qué es eso, Brick?!—le gritó Rinaldo severamente al verle en aquel estado. Por Dios... siempre jugando como un niño con la pobre Nora... ¡Y siempre *iluminado* más de la cuenta!

—Alteza repuso Brick cuadrándose confundido y tratando de sostener el equilibrio—... No comprendo lo que me sucede... Es Nora que ha bebido unos vasos de whisky... y yo, que no he tocado un solo vaso... ¡soy el que pierde la brújula!

—Pues mira; otro día bebe tú en el vaso y que ella lo haga en la botella...

Alteza... es que...

—Basta!... Que no se vuelva a repetir.

—Señor...

De pronto Rinaldo fijó su penetrante mirada en un punto preciso... Asomaba al mar el imponente palacio del Califa, verdadera fortaleza que unía a la solidez ciclópea la esbeltez de la construcción elegante, rica y de magnificencia extraordinaria...

Rinaldo notó algo que llamó su atención en una torre cercana...

—Dame los prismáticos, Brick—gritó con precipitación...

Brick le ofreció la botella de whisky que tenía en la mano.

El Príncipe le miró de un modo indescriptible.



—Alteza, . . No comprendo lo que me sucede...

Brick, confuso, tomó la botella y alargó los prismáticos, que el Príncipe puso rápidamente ante sus ojos dando muestras de la mayor impaciencia.

En efecto, a simple vista podía verse cómo por

las murallas ascendía un hombre trepando por una cuerda que pendía de la torre más cercana al mar y sólidamente atada a los hierros de la reja de una de sus ventanas.

Detrás de la ventana, aunque no se distinguía claramente, podía verse a una mujer que daba muestras de inquietud... El sol iba ascendiendo en el horizonte y pronto sus rayos iluminaron claramente la escena. Entonces Rinaldo tuvo un gesto de admiración. La mujer que se hallaba detrás de la ventana echó hacia delante un poco el busto, que a la luz del sol pudo distinguirse perfectamente.

Se trataba de una mujer extraordinariamente hermosa. Con la ayuda de los prismáticos, Rinaldo apreció en todo su esplendor aquella belleza magnífica.

Era sin duda una esclava del Califa, pues vestía el traje de las mujeres de su harem. Iba casi desnuda; su pecho cubríalo apenas una breve cinta de reluciente soda, que acusaba claramente un tesoro de encantos femeninos. Su rostro, de un óvalo perfecto, estaba iluminado por dos ojos enormes ensombrecidos por pestañas sin fin. Su boca era roja e insinuante como el deseo y correcta su nariz. Los dientes blanquísimos divisábanse claramente cada vez que en un gesto de impaciencia entreabría sus labios granate. Y la hermosa cabeza reposaba sobre un cuello alabastrino, torneado

divinamente, de cuya base salían los hombros espléndidos y mórbidos.

Tal era el busto de mujer que a los ojos de Rinaldo se ofrecía y él contemplaba con entusiasmo. Aquella visión casi fantástica causó en su alma una impresión como nunca había experimentado delante de mujer alguna...

Entretanto el hombre seguía ascendiendo penosamente por la cuerda. Brick y Carlota seguían ansiosamente las peripecias de aquel peligroso escalamiento.

La mujer de la ventana daba muestras de una gran excitación. Miraba hacia el interior de la estancia como si temiera verse sorprendida, y luego, sacando los ebúrneos brazos al exterior, hacía señales desesperadas al que subía trepando penosamente.

Los del *Gaviota* vivían materialmente las angustias de aquellos dos seres.

Al fin el hombre pudo llegar hasta la ventana de la hermosa. Era un joven musculoso, de tez bronceada y vestido a la usanza india. Cuando se encontró ante ella, hizo signos inequívocos de respeto y sumisión, por los que pudo colegirse que se trataba de algún esclavo de la prisionera.

De súbito, Rinaldo y los suyos no pudieron contener una ligera exclamación de ansiedad. Mientras en lo alto de la torre el indio trataba de romper los hierros de la reja, en la base del edificio un cen-

tinela apuntaba su rifle en aquella dirección. Y sonó un disparo, y el indio, mortalmente herido, lanzó un grito horroroso que se oyó distintamente a bordo y cayó pesadamente desde una altura no inferior a cien metros.

Se percibió claramente el ruido de un cuerpo pesado que cae violentamente al agua... La prisionera había seguido con los ojos desmesuradamente abiertos y paralizada por la violenta emoción aquellos rápidos acontecimientos. Pronto hubo de reponerse, al acercársele varios esclavos negros que irrespetuosamente la arrancaron del dintel de la ventana.

Rinaldo interrogó con la mirada a Brick, que se había serenado como por encanto, y éste comentó, meneando la cabeza con desaliento:

—Ha dado un saltito... Como para quedarse clavado en la arena del fondo!

—Sea lo que quiera, no debemos permanecer inactivos. Ea, que boten inmediatamente la canoa automóvil, y tú, Brick, disponte a venir conmigo.

Con esta prontitud admirable con que se ejecutan todas las órdenes en la marina, unos segundos después flotaba sobre las aguas gallardamente la preciosa canoa de motor velocísimo. Ya Rinaldo había saltado en ella al igual que Brick, y seguidamente, levantando un surtidor de espuma con la hélice, se dirigieron a una velocidad vertiginosa hacia el sitio donde el infeliz indio había caído.

No tardaron en llegar al punto indicado. En la superficie del agua podía verse aún la espuma producida por la sumersión violenta de un cuerpo pesado. La canoa se detuvo, y Rinaldo, sin titubear ni dudas de ninguna especie, se despojó de su elegante chaqueta de marino y se zambulló en el mar como el nadador más experto.

Estuvo mucho rato nadando entre dos aguas. Cuando Brick empezaba a sentir cierta inquietud, vió al Príncipe aparecer en la superficie llevando fuertemente agarrado por el brazo el cuerpo del herido, que perdía la sangre a borbotones tiñendo el agua en su derredor de un rojo claro.

Pocos minutos después se encontraban todos a bordo de la canoa, donde Rinaldo y Brick trataban de reanimar al moribundo con tragos de whisky.

El indio abrió penosamente los ojos... miró en torno con espanto y lanzó un profundo suspiro...

—Zaida... sus padres asesinados... Armenios — murmuró penosamente en mal inglés —... por secuaces del Califa... Quieren llevarla al harem... ¡Por piedad, salvadla!...

Hizo un esfuerzo sobrehumano, e irguióse con violencia; por su boca salieron unos hilillos de sangre... El desventurado había dejado de existir.

Difícil sería describir lo que pasó en un instante por la mente del intrépido Príncipe. No se necesitaba tanto para exaltar su heroica fantasía.

Una mujer extraordinariamente bella, raptada y



Zaida

NATHALIE KOVANKO

en poder de un Califa temible que la destinaba a sus torpes placeres...

¿No era por ventura el mismo caso de la princesa aquella, también soberanamente hermosa, presa por encantamiento entre las garras de un grifo espantoso que la reservaba para sus infernales festines?

Y Rinaldo quedó con los ojos clavados en las puras ondas. Su corazón palpitaba con violencia por la emoción que sus propias exaltaciones le producían, mientras Brick le miraba beatíficamente con una imperceptible sonrisa de aplauso en los labios, como si leyera en un libro abierto los recónditos pensamientos de su Príncipe soñador.

Entretanto a bordo del *Gaviota*, el capitán Hobbart no desaprovechaba los momentos que la ausencia del Príncipe le ofrecía.

Se había acercado con cautela hasta situarse a la espalda de la Duquesa, que con sus prismáticos seguía contemplando la ciudad, sin cuidarse poco ni mucho de lo que pudieran hacer los de la canoa, y posando las manos en sus hombros la besó en la nuca.

Carlota dió un pequeño grito; mas cuando reconoció a Hobbart le correspondió con la mejor de sus sonrisas y, cerrando la boca, le ofreció sus labios, que él apesó entre los suyos con fruición.

—Te amo... te amo, Carlota...

Ella volvió a sonreír satisfecha.

—Carlota—continuó él con cierto titubeo, como si quisiera decir algo que le costaba exponer—... Te amo... Y tú también me quieres... ¿verdad?

—¿Y me lo preguntas?

—Es que... No puedo presenciar, sin sufrir horriblemente, que hagas sólo lo que la ambición te dicta.

—Eres un niño...

Hobbart le tomó vivamente una mano y, mirándola fijamente en los ojos, agregó suplicante:

—¡No pienses más en el Príncipe!

—Tú no sabes lo que dices, Felipe...

—¿No ofende tu dignidad de mujer hermosa su indiferencia?—gritó él con vehemencia.—En cambio, yo... nosotros los dos nos amamos...

—Oye, Felipe: si te has de poner trágico, ya sabes lo que te toca hacer; marcharte tranquilamente a tu trabajo y dejarme en paz.

—¡Es que te quiero!... Seríamos tan felices los dos juntos, solos, sin ambición, sin honores, únicamente atentos a disfrutar nuestro amor...

—Harto sabes—interrumpió Carlota con sequedad—que te quiero. Pero te engañas si te imaginas que por ello voy a renunciar al brillante destino que me está reservado.

Hobbart se irguió, como si le hubieran dado un latigazo. Su expresión cambió totalmente. Encendió un pitillo nerviosamente, y dijo con agria entonación:

—¡Eres una aventurera, Carlota!... ¡Una vulgar aventurera!... ¡Y no consentiré que te burles de mí tan fácilmente!

Ella le volvió la espalda y, alzando los prismáticos, fingió interesarse por el paisaje.

SUEÑOS DE ORIENTE

Son pocos los que, como los orientales, sepan disfrutar de la vida más completamente. Todo lo reducen al interés de sus sentidos, siempre despiertos y siempre satisfechos por lo ubérrimo de sus frutos, por lo sabroso de sus manjares, por lo enervante de sus misteriosos vinos y licores, por lo hermoso de aquel clima privilegiado y por la extraordinaria belleza de sus mujeres, que poseen en gran número.

Si estas mujeres fueran como aquellos frutos o como aquellos manjares, objetos sin sensibilidad, realmente sería cosa de introducir en todas las costumbres la del dislocante harem. Pero por el contrario, *mujer* quiere decir en todas partes del mundo sensibilidad exquisita, sentimentalidad, amor... Y por esto la mujer oriental sufre al ser tratada pura y simplemente como un ejemplar vistosísimo, como ser distinto del hombre creado para los placeres. Por esto el harem es antipático, ya que, convertido

en mansión del deseo, destierra el amor. Ciertamente los orientales no deben ser envidiados porque gocen sin trabas, pues lo hacen a expensas de la otra mitad del género humano, la más bella, la más delicada, reducida a una esclavitud vergonzosa y denigrante.

Si las desventuradas que ya nacen en la esclavitud, cuya educación está encaminada a persuadirles de que no sirven para nada más que esta esclavitud, sufren horrores en el alma y viven una vida de desesperación terrible y mueren jóvenes por consunción, júzguese de la tortura que el harem significa para una mujer nacida en otros países, entre otras costumbres completamente europeizadas.

Tal es el caso de Zaida, la joven armenia raptada por los secuaces del Califa que husmean como perros por todas partes el ejemplar vistoso para el harem de su señor.

Cuando la desventurada se vió encerrada en la antecámara del harem, donde a las mujeres caídas en desgracia se las obliga a permanecer para humillarlas más y más, exigiendo de ellas que enseñen a las novatas en la vida de esclavitud que las espera, tuvo instantes de desesperación. Pero bien pronto comprendió que la violencia no era el medio de escapar de aquel antro odioso, pues a las mujeres discolias no se vacila en azotarlas cruelmente, llegando incluso a darles la muerte.

Y así se dejó despojar de sus vestidos europeos y engalanar con los adornos orientales. Si Zaida hubiera estado en otra circunstancia, no hubiese podido menos de sentirse halagada al verse tan soberanamente hermosa con aquellos atavíos concebidos por imaginaciones sólo atentas a realzar del modo más provocador los encantos femeninos.

Días hacía que yacía en un rincón, sobre un montón de sedas y pieles que a la infeliz se le antojaban duros maderos e incómodos banquillos, fijó los ojos en el horizonte sin fin que se extendía a los pies de su ventana.

El primer ensayo de conducirla ante el Califa fué poco alentador para sus raptadores, pues Zaida, que parecía haberse conformado con la esclavitud, demostró bien claramente y con una energía inverosímil en un ser tan delicado, que estaba dispuesta a todo incluso a la muerte antes de ser juguete de los caprichos del viejo monarca. Indómita y altiva, no había querido doblegarse a la voluntad de su odioso carcelero. Fueron vanas las más terribles amenazas y los azotes. Zaida resistió denodadamente y supo defender su honor.

Entonces las iras del Califa descargáronse sobre las pobres mujeres que habían de domesticarla, a las que dieron de palos con tal crueldad, que tres de ellas murieron.

Pero Zaida no fué más molestada y relegáronla en su estancia donde otras mujeres la visitaban

continuamente tratando de persuadirla de lo que no se había de dejar convencer jamás.

Realmente el Califa había quedado asombrado ante la extraordinaria hermosura de aquella mujer y había dado orden de que no se la mortificara en lo más mínimo, pero que se tratara por todos los medios, menos los de la violencia, de reducir su resistencia a entrar en el harem a que se la había destinado.

Cuando en palacio se tuvo noticia de que un esclavo indio, procedente de Armenia sin duda, había escalado los muros de la fortaleza, todos quedaron consternados. El Califa montó en cólera con la violencia de los que están acostumbrados a tener en sus manos multitud de vidas humanas.

—¡Quería seguramente robar a Zaida!... ¡La única mujer que me habéis traído que vale la pena de que yo la mire!... ¡Perros!... ¡Sois unos perros malditos! Os voy a mandar degollar a todos—gritaba enfurecido el monarca, dando de puntapiés a sus servidores y esclavos, que yacían en tierra con la frente contra el suelo.

Pero al darle la noticia de que uno de sus centinelas le había dado muerte, se calmó súbitamente.

—Decid a Zaida que dentro de breves momentos tendrá el honor de recibir al Califa—dijo con solemnidad, después de reflexionar unos instantes.

Todos quedaron consternados. Visitar a una esclava en su estancia era cosa tan desusada y con-

traria a las reglas de la etiqueta palatina, que nadie acertaba a comprender cómo el Califa se atrevía a tomar tamaña decisión.

Cuando se lo comunicaron a la infeliz prisionera, ésta se acurrucó en un rincón como la gacela acorralada por los canes de caza. Y en efecto: a los pocos momentos, precedido de innumerables esclavos negros, se presentó ante ella el muy poderoso Califa, déspota de multitud de vasallos y dueño de innúmeras mujeres.

Era un hombre regordete, con una nariz descomunal, ridículo bigote y boca enorme. Sus ojos, ribeteados por unos párpados rojos y desprovistos de pestañas, delataban al amante de los buenos vinos y los tabacos fuertes.

Con una señal despidió a sus seguidores y, encaminándose hacia Zaida, que permanecía de pie, inmóvil en su rincón, adherida materialmente a la pared como si buscara desaparecer a través de ella, la consideró breves instantes, y sonriendo de un modo idiotizado observó:

—Deliciosa... Encantadoramente deliciosa...

Zaida se pegó más a la pared al ver que se acercaba con intenciones manifiestas de posar en sus hombros desnudos sus manos rojizas.

Dime, hermosa—continuó. —¿Qué ha sido ese... intento de fuga?... Ya sabes que las mujeres que tienen la dicha inmensa de estar destinadas a mi harem, no deben ni hablar con el mundo exterior.

Zaida no pudo reprimir una mirada indescrip-
tible de desdén y asco.

—¡Oh... soberbia!... Con tus aires de rebeldía
estás magnífica— agregó el Califa, dejándose caer



Con una señal despidió a sus seguidores...

a sus pies.—Me gustas, vaya, me gustas... Re-
compensaré espléndidamente a los que te han cazado.

Con un gesto brusco de sus rodillas, Zaida des-
prendió sus piernas de los brazos tentaculares del
viejo y corrió a refugiarse en otro rincón.

Entonces el Califa, sin levantarse, tomó una
actitud distinta y, sin dejar de sonreír, continuó:



—...Con tus aires de rebeldía estás magnífica... Me gus-
tas, vaya, me gustas...

—Cuidado, Zaida... A una señal mía esa hermosa cabeza puede caer a los pies de ese cuerpo magnífico...

Y se acercó nuevamente a ella, arrastrándose por las mullidas alfombras cubiertas de pieles riquísimas, suplicando:

—Sé sumisa... Y tú serás mi favorita... ¡La reina de mis favoritas!

E irguiéndose torpemente, trató de apresar entre los suyos los tentadores labios de la preciosa armenia. Pero ésta, lanzando un grito, echó a correr de un rincón a otro como el pajarillo que, perseguido por una mano que entra en su jaula, revolotea desconcertado.

—Es inútil resistir, hermosa Zaida...—gritaba el Califa, ya fuera de sí por aquella resistencia que no estaba acostumbrado a encontrar entre tantas y tantas mujeres como se le habían ofrecido. —¡O la tortura y la muerte, o los honores, la gloria y las riquezas que puede ofrecerte el más poderoso Califa!

Después, calmándose súbitamente, agregó:

—No estoy acostumbrado a efectuar esfuerzo alguno para apoderarme de las mujeres que me gustan. Dejaré nuevamente a mis esclavas la tarea de persuadirte con buenas razones. Pero ten bien presente que si mañana no te has decidido a ser dócil, te mandaré cortar la cabeza.

Y se marchó con prosopopeya, dejando a la infeliz joven sumida en la mayor amargura.

EL MAHARADJAH NEHELIM

Había solicitado audiencia del Califa el poderoso y temible Maharadjah Nehelim, del que nunca se había oído hablar en Yaffah, pero que a juzgar por la riqueza de sus vestidos y del navío en que había llegado, debía ser sin duda un monarca muy glorioso y rico.

El joven Nehelim iba acompañado nada menos que de su primer ministro Aharahaem Mohamed el Cadir ben Yussuff alí Sepah.

Y el Califa mandó disponer una recepción digna de tan altos personajes.

En la Sala del Trono, una de las más ricas y grandiosas del mundo, habíanse reunido todos los ministros y magnates más influyentes. El Califa, materialmente cubierto de riquísimas joyas, esperaba dignamente a los visitantes.

La temible guardia negra estaba formada a la puerta del enorme palacio para rendir honores a los que habían de llegar.

Los cortesanos se preguntaban unos a otros quién podría ser aquel Maharadjah Nehelim que, según decíase, efectuaba a bordo de un navío europeo



Había solicitado audiencia del Califa, el poderoso y temible Maharadjah Nehelim...

de su propiedad un crucero por los mares orientales, antes de dirigirse a Europa donde debía iniciarse en la civilización de aquel continente.

El Califa, que aprovechaba la menor ocasión para deslumbrar con su fausto inconcebible, estaba también impaciente para que empezaran los festejos que había mandado preparar, pues aquel era el día que había fijado definitivamente para que Zaida, después de ejecutar por primera vez las danzas que había mandado que le enseñaran, debía ingresar en su harem no bien terminada la ceremonia de la recepción.

Resonaron de pronto los dos clarines de oro que había situados siempre a la entrada de la Sala del Trono en poder de dos eunucos escogidísimos. Todos se conmovieron y se pusieron en orden para dejar ante el trono un amplio espacio por donde debían pasar los visitantes. Los que se esperaban acababan de llegar.

Y en efecto, a los pocos minutos entraba airoso el Maharadjah Nehelim acompañado de su primer ministro.

El Maharadjah, en quien naturalmente nuestros lectores habrán adivinado al príncipe Rinaldo hábilmente disfrazado, cubría con un rico turbante su cabeza y llevaba un vestido completamente cuajado de perlas que no podía ser más vistoso al par que elegante.

El primer ministro... que no era otro que Brick, lucía un traje asimismo de incalculable valor... Pero el turbante le caía sobre una oreja y, a través

de las sedas y los encajes, se distinguían las rayas de su camiseta.

Rinaldo se había mandado dar algunas lecciones de etiqueta palaciega en Oriente y, con sus inclinaciones y los ademanes de su mano derecha, daba exactamente la idea de ser un experimentado cortesano. Pero Brick, a pesar de que le imitaba lo mejor que podía, estaba muy lejos de tener el carácter de lo que intentaba representar.

Pero pasó inadvertido y, además, muchos le creyeron un guerrero terrible enemigo de los tártaros o de los indo-persas, mas inhábil cortesano.

Cuando llegaron cerca del Califa, Rinaldo supo encontrar el más elegante de sus saludos... Brick alargó su mano callosa, que el Monarca estrechó consternado, y dijo risueño.

—Tanto gusto en conocerle... ¿La familia bien?...

Un pisotón enérgico del Príncipe le impuso silencio y acabó con sus extemporáneas amabilidades.

Entretanto Zaida, en su estancia, seguía presa de la mayor amargura. Dispuesta a no ceder a las repugnantes pretensiones del Califa, hartó sabía que la muerte, quizá precedida de la más horrenda tortura, la esperaba.

Estaba sentada ante la ventana. A sus pies una esclava, que se había hecho su amiga, trataba de consolarla.

—Es inútil resistir, hermosa Zaida. La voluntad del Califa es omnipotente. Hoy debes bailar en

presencia de toda la corte la danza que has aprendido...

—Dispuesta estoy a danzar, a cantar... haré cuanto se me ordene...

—Y después...

—¡Oh... no!... ¡Eso nunca!... ¡Nunca!

—Pobre Zaida...

—Pero dime, Dhera, ¿tú eres mi amiga... mi confidente... ¿No hay medio de substraerse al poder de ese miserable?

La pobre esclava hizo un signo negativo con la cabeza, con la resignación peculiar de la fatalista mujer oriental.

Zaida quedó pensativa. Los ojos fijos en un punto indeterminado del lejano horizonte donde el cielo y el mar se juntaban... De pronto los cerró unos instantes. Parecía soñar...

—Dime—preguntó con voz dulcísima, velada por las lágrimas.—¿Verdad que ya no existen aquellos príncipes encantadores que salvaban a las mujeres de las garras de los genios del mal?

La esclava hizo un nuevo gesto... pero esta vez, más que negativo, era de desaliento. También ella había esperado en vano al Príncipe de ensueño que anida en el corazón de todas las mujeres, como un fantasma adorado, etéreo, incorpóreo, que tan pocas encuentran en la vida real y todas ansían.

Ese Príncipe tiene la culpa de no pocas infelices en el amor. Es tan bello, tan simpático, tan



—Dime, ¿verdad que ya no existen aquellos príncipes encantadores que salvaban a las mujeres...?

encantador, que rara vez la mujer se entrega a un hombre que reúna las cualidades que ella en su imaginación ha acumulado en derredor del fantástico personaje... Y vienen comparaciones forzosamente odiosas y perjudiciales siempre para el marido, para el amante, para el enamorado real.

Pusieron fin a sus tristes meditaciones varias mujeres que entraron trayendo unos trajes elegantísimos y vistosos por demás. Eran los que estaban destinados a Zaida para aparecer ante la corte... eran los que estaban destinados a Zaida para entrar en el harem... es decir, para morir.

En el Salón del Trono, Nehelim y su ministro se habían sentado a la siniestra del Califa. El Maharadjah a su lado y el ministro al lado de éste.

Inmediatamente un esclavo negro entró con algunas mujeres que el Califa ofreció a los visitantes. Nehelim hizo un gesto negativo, pero Brick tomando a una encantadora muchacha por la mano, la hizo sentar a su lado y empezó a prodigarle sus más suaves caricias. Brick estaba realmente encantado de la visita y la chiquilla aquella se le antojaba la mar de simpática.

—En tu honor ¡oh Maharadjah!—dijo el Califa con énfasis—he mandado que bailen sus danzas más sugestivas mis más hermosas mujeres y muy especialmente la última esclava que acaban de traerme mis proveedores. Una mujer magnífica,

hija de unos ricos comerciantes europeizados que mandó degollar.

Rinaldo asintió mordiéndose los labios, y sus ojos adquirieron mayor brillo que el de costumbre. Harto comprendía que iba a encontrarse en presencia de la mujer que tanto le había impresionado.

—¡Que suelten a las mujeres!—gritó el Califa. E invadieron la enorme sala una nube de mujeres, a cual más graciosa, que ejecutaron una danza de conjunto admirable. Eran las bailarinas del monarca, las más famosas del país, naturalmente.

De pronto todas se situaron formando un círculo, en medio del cual, como por arte de magia, apareció una mujer de extraordinaria belleza: era Zaida.

Inmediatamente surgió el aire la monótona melodía dulzona y triste de un instrumento de madera, acompañado por un ensordecedor «tam-tam».

Poco a poco las danzarinas se retiraron y, dejando a Zaida en mitad de la estancia, esperaron el final de sus bailes, que empezó a ejecutar seguidamente.

El Califa la devoraba con los ojos, Rinaldo la acariciaba con el espíritu. Por vez primera sentíase presa de los efluvios de la fascinación.

Zaida vestía un traje de odalisca rico y atrayente a la par. Un ligerísimo velo cubría la mitad de su rostro, en el que sus ojos brillaban como dos luceros. Su cuerpo de diosa se estremecía con las ondulaciones de la danza.

No había pasado inadvertido para ella el brillante Maharadjah. La afición con que aquél la contemplaba llamó su atención, con ese atractivo misterioso que tienen las miradas entre seres de sexo distinto.

El Califa estaba idiotizado contemplando aquella belleza serena e incitante.

Y la música monótona y evocadora fué debilitándose, mientras la danzarina parecía languidecer como bajo la caricia de un amante ideal, hasta acabar por tenderse en el suelo, donde su cuerpo magnífico siguió agitándose aún con rítmico vaivén...

Brick prestaba poca atención a la sin par bailarina. Todas sus delicadezas las prodigaba a la hermosa mujer que le habían prestado.

—Dime, bella huri—le preguntaba inocentemente, pero con cierto retintín comicísimo viendo que un tupido velo cubría sus labios de grana.—¿Kis que tienes miedo de que te entren moscas en la boca?

Un fuerte pisotón de Rinaldo le hizo callar.

Entonces, desesperado, sacó de su camiseta una botella de whisky... pero no se atrevió a levantar el codo ante tan magna concurrencia. Brick estaba perdido; tenía la boca seca y frías las entrañas... Por fin encontró una solución al pavoroso problema... No lejos de él había una hermosa cafetera turca... La tomó, vertió en ella buena cantidad de whisky, y, dándose aires extraordinarios, empezó a tragar enormes tragos.

No pudo beber tranquilo. Rinaldo, asíéndole por el brazo con el cual sostenía la cafetera... de whisky, le dijo precipitadamente:

—¡Pronto, Brick!...

¡Haz la señal convenida a nuestros hombres! Ha llegado el momento de obrar... ¡Que cada cual esté en su puesto, prontos a obedecer la primera indicación!

—Alteza... es que... ¡Es que está muy bien esta odalisca!—exclamó el pobre Brick, señalando a la muchacha que tenía a sus pies.

Pero no hubo más remedio que obedecer. Levantóse, imitando con la gracia que él sabía hacerlo los gestos de la danzarina y se acercó a los bravos marineros que, disfrazados, se habían introducido en palacio entre el séquito del joven Maharadjah.

Después de darles las debidas instrucciones volvió con disimulo a su sitio, mientras aquéllos se dirigían a cumplimentar el plan acordado. Con el mayor sigilo encamináronse a las habitaciones de Zaida, con las que dieron finalmente después de un enorme trabajo de orientación.

Los del yatch ya estaban prevenidos, y, a una señal que ellos lanzaron desde la empinada torre, contestaron con silbidos, según había convenido.

En el salón de fiestas, Zaida seguía los últimos espasmos de su danza, mientras los marinos del Príncipe tendían una cuerda desde la ventana al yatch, hazaña realmente difícil si se tiene en cuenta que la distancia que separaba los dos puntos de

apoyo no era inferior a setecientos metros y la altura de la torre de unos ochenta.

—¿Está todo dispuesto? preguntó Rinaldo a Brick con disimulo y ansiedad.

—Sí, Alteza. Dentro de pocos minutos dejarán la cuerda preparada.

—¿Has visto como ejecutaban el trabajo?

—No, Alteza; pero lo he confiado a tres hombres de mi confianza.

Rinaldo hubo de contestar a una tontería que le dijo el Califa, mientras Brick volvía a sus *amorios* con la bella odalisca que le habían *prestado*.

Zaida terminó la danza y se acercó al trono con paso ligero.

Detúvose a poca distancia del Califa y, después de saludarle con respeto profundo aunque sin mirarlo, se inclinó graciosamente ante Rinaldo, al que dirigió una imperceptible sonrisa.

El joven quedó extasiado ante ella. No pudo contenerse y, apoyando la mano distraidamente en el hombro de Brick, le susurró entusiasmado.

—Es *ella*... la *ella* que todos los hombres soñamos una sola vez en la vida...

—Maharadjah—interrumpió el Califa dirigiéndole la palabra súbitamente,—tú eres mi huésped y tienes derecho a mi munificencia... Pide... pide joyas tú también... las que quieras...

Rinaldo no se había fijado en que el Califa, para recompensar a Zaida, le había arrojado una enorme

sortija que llevaba en el pulgar y que cayó rodando a los pies de la hermosa, cuya actitud indiferente demostró que no estaba dispuesta a aceptar merced de especie alguna. Pero las demás mujeres arrojáronse sobre la joya frenéticamente, apretujándose unas contra otras.

Zaida había quedado de pie entre ellas, inmóvil, los ojos elevados al cielo, en actitud de mártir... Y Rinaldo no la quitaba los ojos, aunque hablara con Brick o escuchara lo que el Califa le decía.

Decididamente entre los dos jóvenes se había establecido esa corriente magnética inexplicable, vanguardia de tantas uniones sublimes.

—¿Te gusta este puñal persa?—preguntó el Califa, extrañado de no recibir contestación a su donosa oferta, mientras extraía del cinto una magnífica arma cuajada de pedrería.—Es la más valiosa joya de mi tesoro... Si te place, es tuya...

Pero Rinaldo tampoco contestó... De pronto pareció recibir una oculta insinuación, sus ojos se abrieron más, y sin dejar de contemplar a Zaida, que permanecía inmóvil, exclamó:

—Tú tienes una joya de mayor valor... ¡A esa quierol... Es esta danzarina... esta esclava... ¡Dámela!

El Califa le miró consternado.

—¿Cómo?... ¿Mi esclava?—balbució.

—Sí... tu esclava.

Dudó el monarca. Realmente el huésped se había

excedido, aunque, bien mirado, quien se había excedido era él en ofrecer lo que aquél le pidiera. Súbitamente pareció haber tomado una resolución, y dijo:

Podría rehusarte esta mujer, porque aun no ha entrado en mi harem... Me pediste lo único que podía contrariarme el regalar... Pero tienes mi palabra... ¡Tómala!

E hizo un signo a Zaida para que se sentara al lado del Maharadjah. Ella obedeció temblando de singular emoción. No se atrevía a levantar los ojos ante el joven magnate, que la abrasaba con sus miradas profundizas. Rinaldo experimentaba también una sensación deliciosa y extraña. Nunca había temblado... ¡Hubiera asegurado que temblaba en aquel instante!

No bien se hubo situado a la izquierda del Príncipe la hermosa cautiva, el Califa llamó a un esclavo negro de colosal musculatura, lo que visto por Brick le hizo observar a su amo y amigo:

—¡Ojo, Alteza, con ese tío!... Me parece que traman algo muy obscuro...

Rinaldo lanzó una rápida ojeada al Califa e inmediatamente comprendió que algo maquinaba el placentero Anfitrión. Pero vióse atraído por su bella compañera, que le dijo hablando por primera vez:

—Fuiste generoso, extranjero... Ten cuidado... En este país, el huésped sólo es sagrado mientras no traspasa los umbrales de la puerta...

Dijo estas palabras con tal interés y dulce entonación, que Rinaldo guardó unos instantes silencio, como si quisiera escucharla por más tiempo.



—Fui generoso, extranjero... Ten cuidado...

Gracias murmuró por fin quedamente...— por haberme permitido gozar del encanto de tu voz.

Los dos bajaron los ojos ruborosos. Ambos habían

notado que sus palabras repercutían sublimemente en lo más recóndito de sus corazones...

A sacarles de su dulce encantamiento, vino la siguiente frase del Califa:

—Amarrad fuertemente su canoa... Y cuando embarquen...

No necesitó más Rinaldo para volver al mundo



Gracias... por haberme permitido gozar del encanto de tu voz.

real y advertir lo crítico de la situación. Asíó a Brick por la muñeca y le dijo apresuradamente:

—¡No hay un momento que perder! Corremos

peligro de muerte... Provoquemos el pánico propicio a nuestra huida.

Brick vaciló unos instantes mascullando entre dientes y dirigió una mirada compasiva a la mujer que tenía a sus pies.

—Es una lástima tener que abandonar a esta muchacha... Tanto como ya me quiere la pobre-cilla...!

Luego, obedeciendo las órdenes del Príncipe recapacitó un instante y, al fin, se le ocurrió una idea.

Alargó el brazo y arrancó el velo que cubría el rostro de la odalisca, la cual, como él había previsto, empezó a gritar desesperadamente, mientras corría por la sala con los brazos en alto.

—¡Socorro! — chillaba estridentemente. — ¡Socorro!... ¡Este bandido infiel me ha insultado arrancándome el velo!... ¡Justicia!... ¡Favor!...

Naturalmente, el escándalo que se armó fué mayúsculo. Brick echó a correr. Las mujeres promovieron un alboroto gigantesco. Todos se agitaban, nadie se entendía.

—Huyamos—dijo Rinaldo a Zaida en medio de la espantosa confusión. — Espérame junto a tu ventana... dispuesta a la fuga...

Y, levantándose ambos cautelosamente, deslizáronse por entre aquellas gentes enloquecidas.

Se reunieron en el fondo de la Sala del Trono, y

desde allí, cogidos de la mano, siguieron huyendo con todas sus fuerzas.

Entretanto crecía la confusión. Los musulmanes perseguíanse unos a otros. Nadie sabía lo que ocurría. Todos querían luchar con enemigos que no acertaban a saber donde se encontraban. Y las mujeres continuaban gritando de un modo ensordecedor, y los soldados y los esclavos perseguían a todo el mundo, sin saber a quien buscaban. De pronto la confusión llegó al colmo. Una lámpara inmensa vino al suelo con estrépito y todo quedó a oscuras.

Rinaldo, ocultándose detrás de unas columnas con Zaida, había cogido un enorme jarro que arrojó contra la lámpara obteniendo el resultado apetecido.

Aprovechándose del desorden, los fugitivos corrieron hacia la estancia de Zaida, donde el Príncipe había dado orden de preparar la cuerda.

No pudieron llegar a ella sin vencer enormes dificultades, pues todos los corredores y pasadizos se encontraban obstruidos por gentes que luchaban entre sí, mujeres que gritaban como locas, trozos de estatuas rotas...

Allí les esperaban dos bravos marineros que, no bien entraron los fugitivos, atrancaron la puerta para impedir la entrada inminente de los musulmanes, que ya se acercaban.

Fueron momentos de suprema angustia. Rinaldo

y Zaida se ataron fuertemente con una cuerda; los marineros ensancharon la separación que habían efectuado en la reja y los fugitivos se lanzaron al espacio. Rinaldo con las manos y los pies sosteniéndose asido a la gruesa cuerda que estaba suspendida sobre el abismo, y Zaida, colgada de él, abrazábase a su salvador con toda la fuerza de sus manos.

Los perseguidores golpeaban la puerta. En la Sala del Trono, donde había disminuído algo la confusión, encontrábase solo el desconcertado Califá.

Un esclavo llegó hasta él, gritando:

—¡Han invadido el harem!... ¡Se llevan a la esclava armenia!...

Entonces lo comprendió todo y llegó al paroxismo de su desesperación. Inmediatamente dió órdenes de que se cerraran todas las puertas del palacio, y que le trajeran al falso Maharadjah y a su grotesco ministro vivos o muertos.

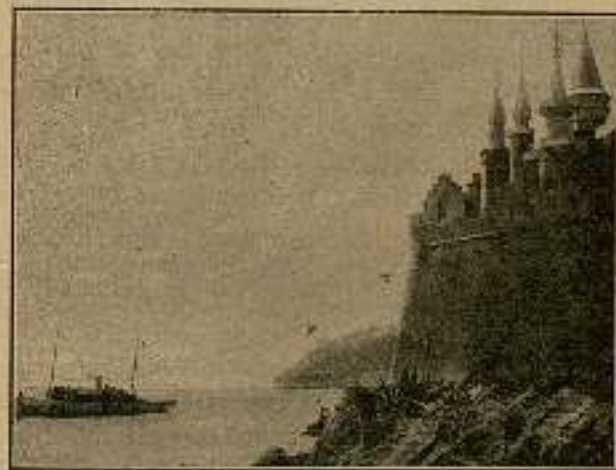
Rinaldo y Zaida seguían deslizándose por la cuerda, balanceándose sobre el mar que rugía a ochenta metros bajo sus pies, mientras los bravos marineros trataban a toda costa de impedir que sus perseguidores entrasen en la habitación.

Pero eran tantos los que empujaban y tan pocos los que resistían, que al fin la puerta chirrió en sus goznes y vino al suelo con estrépito.

Uno de los marineros, que como su compañero iba

disfrazado de musulmán, pudo encaramarse a la ventana y colgarse de la cuerda que estaba amarrada al yatch, pero el otro, menos afortunado, cayó herido de una puñalada.

Los perseguidores asomáronse a la ventana y



Rinaldo y Zaida seguían deslizándose por la cuerda, balanceándose sobre el mar...

quedaron mudos de asombro ante el acto de valor que significaba deslizarse a aquellas alturas desde la empinada torre al lejano navío.

Por su parte, Brick había logrado escapar fácilmente. Aprovechando la confusión, deslizóse por entre la guardia negra y no tardó en verse libre.

Entonces le sobrecogió un pánico horrible y echó a correr con todas sus fuerzas. Los atavíos musulmanes impedíanle correr con la velocidad deseada y murmuraba, sin dejar de ganar terreno:

—¡Si no fuera por este traje!... ¡Ya me podían perseguir en bicicleta!... ¡Maldito sable!... ¡Malditas babuchas!...

Y así diciendo y sin parar de correr, se quitaba las zapatillas y calzaba sus zapatos saltando sobre un pie mientras arreglaba el otro.

En tanto, Rinaldo hacía titánicos esfuerzos para salvarse y salvar a Zaida. Realmente era una tarea extraordinaria la de deslizarse por una cuerda más de quinientos metros llevando colgado un peso no inferior a setenta y cinco kilos. Afortunadamente nuestro Príncipe era un ágil atleta.

Los consternados perseguidores no cejaban en su empeño de apoderarse de los fugitivos. De momento limitábanse a increparles desde la ventana. Ninguno de ellos se atrevía a escurrirse por el frágil pasadizo aéreo. El marinero del yatch no tardó en acercarse al grupo compuesto por Rinaldo y su hermosa carga.

Faltaban aún unos cien metros por recorrer.

De pronto una angustia indocible sobrecogió a los audaces gimnastas. Notaron bien distintamente que la cuerda empezaba a romperse.

En efecto el Califa, que había llegado con sus magnates al borde de la ventana, había dado orden

de que la cortaran, lo que ejecutaba un esclavo con un enorme cuchillo. Pero la cuerda era muy recia y resistía.

Sin embargo, el afiladísimo cuchillo lentamente iba cortándola favorecido por la enorme tensión producida por tres cuerpos humanos suspendidos a tan larga distancia de sus puntos de apoyo.

Los instantes que vivieron los pobres fugitivos no son para descritos. Rinaldo adivinó lo que estaba sucediendo y, haciendo esfuerzos sobrehumanos, trataba de acelerar su penosa marcha. Zaida se apretujaba contra él nerviosísima... cerrando los ojos. De un instante a otro esperaba sentirse caer desde tan enorme altura al mar rugiente que se agitaba a sus pies.

—¡Pronto, señor!—gritó el marinero desesperado.

—¡Nos cortan la cuerda!... ¡Estamos perdidos!

Y, en efecto, el esclavo seguía introduciendo su cuchillo en el grueso cuerpo de la cuerda.

Gotas de sudor inundaban el rostro de nuestro héroe. La angustia y el esfuerzo le tenían en un estado de excitación nerviosa extraordinaria. Nada temía por él, pues era un nadador de primer orden que no había de arredrarse ciertamente ante la fantástica zambullida. Pero... ¿y Zaida?...

Temerosa de que a una palabra suya su intrépido salvador tuviera unos instantes de fatal distracción, guardaba silencio; pero en el modo como se apretu-

jaba contra él, daba a entender claramente el pavor de que se hallaba poseída.

Por fin el esclavo consiguió su insano propósito y, cediendo las últimas fibras de la cuerda al enorme peso que sostenían, rompióse como una goma elástica, y los tres cuerpos que colgaban de ella cayeron al mar.

Los musulmanes lanzaron un grito de victoria. El Califa estaba satisfecho de su torpe hazaña... Bien pronto apagáronse las sonrisas de triunfo entre aquellos desalmados. Rinaldo consiguió salir a la superficie, llevando asida por el brazo a su graciosa presa y el marinero pudo también salvar los peligros del terrible zambullón.

Pero Rinaldo nadaba con fatiga manifiesta.

Por su parte, Brick había coseguido llegar hasta el punto donde esperaba la canoa.

Saltó a bordo de ella y puso en marcha el motor. Entonces fué cuando se apercibió de que los musulmanes habían amarrado disimulada y fuertemente la embarcación. De sus escondites salieron cuatro hombres que agarraron la cuerda. La hélice levantaba nubes de espuma, pero la canoa no conseguía recobrar su libertad.

Brick quedó unos instantes desconcertado. Al poco una sonrisa de triunfo iluminó su simpático rostro.

Sus perseguidores ignoraban que la canoa automóvil estaba dotada de un potente motor de 150 ca-

ballos. Dió toda la marcha y, en medio de un ruido ensordecedor y una montaña de agua que se elevó en la popa de la embarcación, la cuerda empezó a ceder.

Vencida la primera resistencia, lo demás fué cosa de unos segundos. La cuerda acabóse de romper, la canoa dió un salto gigantesco y surcó las olas con tal rapidez, que los musulmanes, desprevenidos, viéronse arrojados al agua y arrastrados por la endemoniada embarcación.

No se atrevían a soltar la cuerda a la que se agarraban desesperadamente y así marchaban detrás de Brick, que se divertía viéndoles practicar tan inacostumbrado deporte.

Acercóse a la popa y, levantando el brazo, echó unos tragos de whisky, no sin antes decirles a sus remojados perseguidores:

A vuestra salud, simpáticos musulmanes, echaré un trago... ¡En cafetera turca!

Y apuró buena parte del contenido de su licor favorito, que había vertido en la cafetera de que se había apoderado en el Salón del Trono.

El Califa, con el turbante caído sobre el cogote, gritaba rojo de ira, agitando los puños en el espacio y llenando de consternación a sus secuaces:

—¡Malditos sean!... ¡Precisamente hacen bañar a mis súbditos en día prohibido por Mahoma!

Por fin Brick se apiadó de aquellos infelices, y,

cortando la cuerda, se alejó rápidamente, dejando a sus ex perseguidores luchando con las olas.

Pasó por el lado de Rinaldo y Zaida en el momento en que éstos eran recogidos por un bote que botaron los del yatch en cuanto presenciaron su caída. Ayudó a recogerles, y ya en el buque, no pudo contenerse y gritó con toda la fuerza de sus robustos pulmones en dirección de la ventana donde se agitaban aún el Califa y los suyos:

—¡Adiós, Califa de mis entretelas!... ¡Otro día volveré a buscar a la chiquilla esa a la que arranqué el bozal!...

Y poco después, como en los cuentos de hadas, el Príncipe Encantador de los ensueños llevábase ufano a bordo de su navío a la mujer que había arrancado por sus propias manos de las faldas del imaginario dragón.

LOS DRAMAS DEL AMOR

Sucedieron para Zaida y Rinaldo días de seducción sin igual, de encanto avasallador y delicioso, que sólo es lógico que vivan los seres humanos como a título de regalo divino.

Pero también, cual si fuera un castigo celeste, la Duquesa Carlota vivió momentos de indecible angustia y desesperación. Todos sus planes se caían por tierra estrepitosamente. La preciosa oriental con su hermosura, su sentimentalismo extraordinario y la fragancia de su alma exquisita había captado completamente al Príncipe.

La Duquesa no desperdiciaba ocasión de molestarla y zaherirla. Cierta mañana Zaida se había levantado, como la estrella matutina, al apuntar el alba y gozaba puerilmente de su espléndida libertad, de su nueva y curiosa vida... siempre fija en la mente la imagen de un hombre encantador.

Sentada en la barandilla del puente, aspiraba a pleno pulmón la brisa del mar teñido de amaranto.

Sus pies desnudos jugueteaban uno con otro. Su cuerpo negligentemente reclinando, ofrecía un espectáculo encantador.

Carlota se había negado a facilitarle vestidos, por lo que seguía ataviada con el hermoso traje de odaliscas que llevaba el día de la emocionante fuga.

Con ello dió la Duquesa prueba de muy poco talento femenino, pues Zaida, vestida de aquel modo, estaba todo lo seductora que puede estar una mujer hermosa a quien una mentalidad sabia en estas cosas cubre lo menos posible con galas que exaltan sus tesoros encantadores.

Avanzada la mañana, la Duquesa subió al puente. Llevaba un libro en la mano. Detúvose al parecer sorprendida ante Zaida, que inocentemente la dirigió la más graciosa de sus sonrisas. Carlota la contempló largamente con expresión desdeñosa.

—Las orientales cantadas por Pierre Loti—le dijo en son de mofa, adelantando la mano con que sostenía el libro de aquel autor y castigándola con una mirada insolente—tan cuidadas... *tan bien calzadas*, tan solemnes en sus composturas... veo que no son sino concepciones imaginarias de novelista...

Zaida la miró con sus grandes ojazos serenos. Alargó la mano a su vez y tomó el libro.

Era un tomo de *Las Desencantadas* de Pierre Loti.

—Aunque me considere como una salvaje—le

contestó,—también he leído a Loti, señora... *Las Desencantadas*... conozco una... Yo misma.

Después pareció quedar unos breves instantes como soñando y murmuró:

—Este escritor es el único que ha conocido el alma de la mujer oriental... Es decir, la mujer más mujer de la Creación.

Iba Carlota a contestar con una burla, cuando llegó Rinaldo sonriente.

—No conocía vuestras aficiones, Alteza—le dijo Carlota a boca de jarro, con cierto antipático retintín que sorprendió al Príncipe.—Ignoraba que, como Loti, también os interesaseis en el estudio del alma de la mujer... más mujer del mundo.

Y se alejó, soltando una carcajada.

Los dos jóvenes se quedaron mirándola y después se miraron mutuamente. Zaida se acercó a él y, apoyando la cabeza en el pecho del Príncipe, susurró dulcemente, con voz velada por las lágrimas:

—Salvador mío... ¿verdad que esta mujer es mala?

Rinaldo se echó a reír para alegrarla, y dijo jovialmente, arrancando una sonrisa de aquellos labios deliciosos que se habían plegado con la mueca de la amargura:

—Esta mujer... es la mujer menos mujer del mundo... ¡Es una máquina de calcular!

Y la cogió las manos, y ella estremeciéndose a su



—No conocéis vuestras afecciones, Alteza ..

contacto... y Brick, que había presenciado toda la escena, murmuraba para sus adentros:

—¿Qué lástima que mi buen Rinaldo sea Príncipe!... Creo que habría encontrado la felicidad... Pero los *protocolarios* de su país le van a echar sus planes por tierra... ¡Ea, a consolarse con un traguito!

Sacó del interior de un bote una botella y sorbió, saboreándolos, unos abundantes tragos de whisky... Lo que observado por Nora, empezó a balar insistentemente pidiendo licor. Brick miró a la cabrita con aire satisfecho, murmurando:

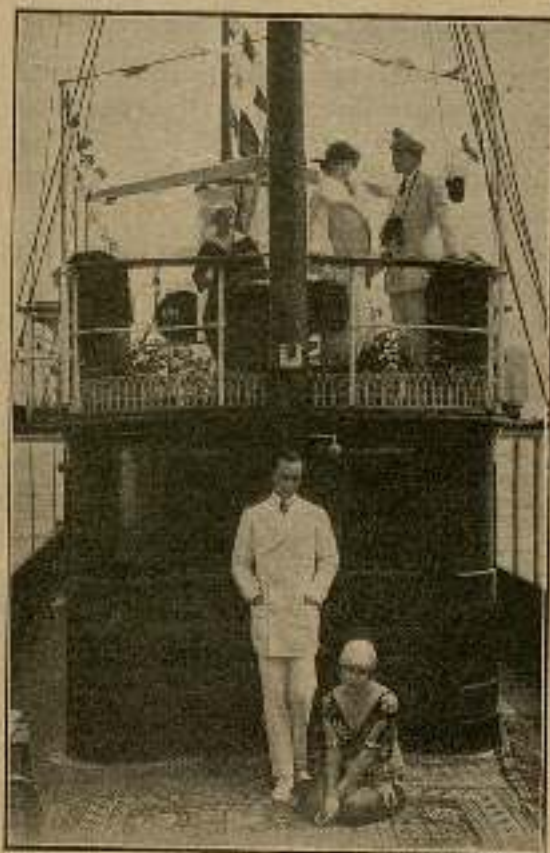
—¡Qué bien hecha está la naturaleza!... ¡Hasta los animalitos conocen por instinto lo que es bueno!...

Entretanto, Rinaldo y la hermosa armenia seguían con las manos entrelazadas mirando el anchuroso mar, el infinito espacio.

—Zaida—susurró el Príncipe.—Sólo conozco de ti el esplendoroso presente... ¿Por qué no te confías?... ¿Por qué no me hablas de tu pasado?

—Mi pasado...—repuso con desaliento la joven. Guardó unos instantes de silencio. Bajó la mirada... Sus ojos destilaron algunas lágrimas, y prosiguió con voz doliente:

—Soy hija de un súbdito inglés y de una mujer circasiana... Establecidos en Armenia, todos los cristianos fueron degollados... ¡Mi pasado!... Sangre, muerte... rapto... esclavitud...



—Zaida... sólo conozco de ti el esplendoroso presente...
¿Por qué no te confías?...

Rinaldo apretó su mano dulcemente. Ella continuó:

—Allá lejos está mi patria... Tengo de ella tristes recuerdos... Pero sería tan dichosa si la volviera a ver...

Y así continuaron contándose sus cuñas, transfundiéndose sus almas, saboreando las delicias de un amor que nacía pujante y avasallador.

No era sólo Brick quien observaba la hermosa escena. También Carlota y Hobbart la contemplaban desde lo alto del puente.

—Esta ridícula muchacha me pone nerviosa—decía agitada y trémula la Duquesa.—Donde menos lo esperaba, ha surgido la enemiga... la rival temible.

—Tiene para el Príncipe—comentó Hobbart—el encanto de la flor exótica... Pero es ilusión de momento... curiosidad sin un mañana... Nada debes temer por este lado, Carlota. Escalarás... escalarémos el poder.

No pudieron seguir su diálogo. Rinaldo les interrumpió, diciendo a Hobbart con voz de mando:

—Quiero visitar la Armenia... Cambien de rumbo. Hobbart saludó militarmente y corrió a dar las órdenes oportunas. Carlota quedó inmóvil, una sonrisa de despecho dibujada en sus labios.

Cuando Rinaldo volvió hacia donde había dejado a Zaida, ésta ya no estaba.

La muchacha vivía momentos inexplicables de

dicha intensa. Heroína de un cuento fantástico... No sabía lo que se hacía... Estaba loca de contento, alborozada con deliciosa infantilidad.

Había entrado en el saloncito de música, en uno de cuyos rincones hallábase un magnífico piano de cola. Zaida se sentó ante él, y posando sus manos que competían en blancura con el marfil de las teclas, insinuó una tocata tímidamente al principio... Poco a poco fué entusiasmándose y no tardó en arrancar al instrumento torrentes de melodías deliciosas.

Rinaldo había entrado en el salón... Mudo de asombro y mecido por las ilusiones que la música despertaba en su cerebro, la contemplaba arrobado.

Vibraba el alma toda de la poética oriental... Y el Príncipe y la joven, acariciados por la melodía, cual al conjuro mágico de una tocata celestial... soñaban.

Rinaldo pasó al lado de la que se había revelado delicada artista... Sin dejar de mirarlo intensamente, Zaida hacía correr sus manos por las nubes teclas... Una emoción intensa les embargaba...

De pronto cesó la melodía suave... suavemente... e interrumpiéndose...

Rinaldo y Zaida habían juntado sus labios en un beso.

LA TORMENTA

—Contraorden—gritaba unos instantes después Rinaldo al Capitán Hobbart.—Ya no me interesa Armenia. Sigán nuevamente el primer itinerario.

Habiendo obtenido la seguridad de ser amado por Zaida, el Príncipe ya no ansiaba otra cosa que regresar a su patria para hacerla suya. No se preocupaba de lo que la corte podría decir, de si razones de Estado se opondrían a que se casara con aquella mujer. El la amaba con delirio, como aman los seres soñadores cuando dan con el ideal concebido, y nada ni nadie en el mundo podrían entorpecer su marcha triunfal hacia el amor.

Ella por su parte había quedado sentada ante el piano, con el cuerpo reclinado hacia atrás... como cuando la boca ardiente del hombre amado se había posado sobre la suya haciendo vibrar las más recónditas fibras de su sensibilidad exquisita... Había quedado con los ojos cerrados... y sus manos

sobre el rostro sentían el calor de las ardientes mejillas...

Pasaron algunos días deliciosos para Zaida y Rinaldo. Se amaban.

Carlota y Hobbart vivían tragando bilis. En sus corazones no anidaba el verdadero amor.

Cierta noche en que todos se encontraban sentados en el comedor del yacht quedaron los comensales sorprendidos de ver llegar a Brick con rostro solemne. Llevaba en la mano un papel en el cual el telegrafista de a bordo había escrito un mensaje que acababa de recibir.

Rinaldo lo leyó. Y su rostro mudóse súbitamente de color. La boca contrájosele en rictus doloroso. Quedó unos instantes como anonadado. De pronto levantóse. Sus ojos brillaban más que de costumbre, humedecidos por las lágrimas.

—Señores—dijo con voz temblorosa.—Mi augusto padre... El Príncipe reinante... ¡ha muerto!

Todos quedaron consternados. Zaida emocionóse desde lo más hondo de su alma sencilla y delicada. No porque acertara a explicarse exactamente lo que aquello significaba, sino porque veía que Rinaldo estaba emocionado y casi casi llorando.

Pasados los primeros instantes de sorpresa, el Capitán Hobbart se levantó solemnemente y, alzando su copa de champaña, exclamó:

—¡El Príncipe ha muerto!... ¡Viva el Príncipe!

Y todos levantaron sus copas, menos Zaida que

nada entendía, como no fuera que una profunda pena acongojaba su amante corazón.

Reinó un silencio sepulcral. Bruscamente Brick, que a duras penas se había contenido hasta entonces, gritó con voz estentórea:

—¡¡Viva MI Príncipe!!!

Y fué tal la emoción de aquel gesto salido del fondo de su alma, que Rinaldo le contempló enternecido. Brick tomó su mano, regándola con las lágrimas que surcaban su rostro curtido, y aquellos dos seres de tan distante cuna se acariciaron, calmando la emoción que experimentaban.

Carlota hizo a Hobbart una señal de inteligencia.

La Princesa Palowua seguía rígida como en los días de ceremonia.

Zaida lloraba al contemplar la dulce escena desarrollada entre Rinaldo y Brick.

* * *

El mar habíase alborotado progresivamente hasta degenerar en imponente tempestad. La frágil embarcación, zarandeada violentamente, a duras penas podía sortear el temporal.

La dotación del buque empezaba a alarmarse, e incluso el capitán Hobbart había dictado algunas órdenes extraordinarias.

Las olas gigantes pasaban por encima de la embarcación. Sólo se había autorizado que permaneciera sobre cubierta al timonel fuertemente amarrado.

El Capitán, desde su puesto de observación en lo alto del puente, mandaba al jefe de máquinas por medio del teléfono.

—¡Pronto... a toda máquina!... ¡Marcha de alarma!—gritó.

Los rayos sucedíanse sin tregua, seguidos de retumbantes truenos que no se interrumpían, pues no bien se apagaba el eco del uno empezaba el ruido del otro. Las olas rugían imponentemente. La situación hacía desesperada.

Rinaldo no era de los hombres que rehuyen los momentos de peligro. Sobre cubierta y al lado del timonel, a cuyo cinturón de cuero se asía energicamente cada vez que una ola enorme barría la superficie del navío, contemplaba la violencia del temporal.

Corriendo subió al puente, donde el Capitán Hobbart telefoneaba nerviosamente con el cuarto de máquinas. Estaba desalentado.

—¿Qué ocurre?—preguntó ansioso Rinaldo.

—¡Averla en las máquinas!—repuso el Capitán...

—¡Estamos perdidos!

—Ordene al telegrafista que pida auxilio. Yo ocuparé su puesto, Capitán.

Hobbart desapareció en el interior del buque,

mientras Rinaldo, desde el puente, daba órdenes precisas y categóricas a la tripulación, que corría de un sitio a otro con grandes precauciones, pues no podían salir a cubierta sin correr el riesgo de verse barridos por alguna ola.

Carlota parecía más serena de lo que pudiera imaginarse. Realmente no tenía conciencia del enorme peligro que corrían, pero por alarmada que estuviera, una idea insana que recalentaba su cerebro la tenía completamente distraída.

—Carlota—le dijo Hobbart, que había aprovechado la licencia de Rinaldo para hablar unos instantes con su amada antes de avisar al telegrafista. —Necio fuera ocultarlo... ¡Estamos en peligro!... ¡Naufragamos!

La Duquesa se estremció... Después dijo con voz serena:

—¿Naufragamos?... ¡Ocasión admirable!...

—No te entiendo.

—Zaida está aquí—añadió, señalando el camarote de enfrente.—Yo haré que ocupe el mío vestida con algún traje de mi propiedad... El resto ya puedes adivinarlo...

—No te entiendo—repitió Hobbart volviéndose lívido por haber comprendido demasiado.

—No seas tonto—continuó Carlota impertérrita. —Varias veces me has dicho que por mi amor estabas dispuesto a todo... absolutamente a todo...

—¡Carlota!

—Tú la encerrarás en mi camarote, yo ocuparé el tuyo y...

No terminó la frase. Dejó a Hobbart consternado y entró resueltamente en el camarote de Zaida.

La bella joven, amedrentada, encontrábase en un rincón. Harto comprendía que surcaban el aire siniestros heraldos de muerte... Y pensaba mucho, muchísimo en su Rinaldo, al que en su dulce obcecación de enamorada imploraba casi como a un santo.

—Por favor, señorita—irrumpió Carlota,—vístase de una vez con trajes decentes. Ya no es hora de que vaya luciendo descaradamente pijamas de seda.

A duras penas pudo la hermosa oriental vestirse las ropas europeas. No bien lo hubo hecho, Carlota la arrastró hacia su camarote. Zaida se dejó conducir, sumisa, convencida de que iban a proporcionarle alguna nueva prenda; y grande fué su sorpresa al ver que la Duquesa salía de la estancia y cerraba la puerta tras sí.

—Ahí la tienes—dijo la aventurera a Hobbart, que palidísimo la esperaba en el corredor;—enciérrala... ¡Y que no salga nunca más!

Mientras pronunciaba estas terribles palabras, dirigióse al camarote de Zaida.

Hobbart, tembloroso, pero decidido, dió media vuelta a la llave... Y Zaida quedó prisionera en el camarote de Carlota.

El mar parecía enfurecerse más y más. Rinaldo daba órdenes desesperadas.

Y en aquellos momentos horribles, un hombre sereno, frío... disponíase a dar la vida en cumplimiento de su deber. Era el telegrafista, que sentado ante su aparato no se cansaba de lanzar la llamada de auxilio por telegrafía sin hilos.

S...O...S.

El buque empezaba a descender de su línea de flotación. Importantes vías de agua se habían abierto, por las que entraban torrentes de agua...

S...O...S...

Aumentaba la furia de los elementos. Los hombres, en espantosa confusión, trataban de salvar sus vidas... Y sólo el héroe oscuro seguía en su puesto casi sagrado, presto a dar la suya por la de los demás.

S...O...S.

—Pero ¿qué es esto?—gritaba desesperadamente Rinaldo al primer maquinista.—¡Hagan funcionar los motores auxiliares... ¡Estamos parados!...

Y el buque no avanzaba...

—¡¿Qué...? ¿Rotura de la hélice?!

Una ola inmensa llegó hasta el puente, inundando a Rinaldo con torrentes de espuma. Vióse arrojado al suelo. Afortunadamente la barandilla era sólida y ella le salvó de desaparecer entre las aguas...

—¡Capitán... pronto!—exclamó con desesperación,

no bien pudo reponerse.—La señal de alarma... ¡Nos hundimos!

Entretanto Zaida, que sin acertar a explicárselo, tenía idea del horrible peligro, que corría no cejaba en sus gritos de:

—¡Socorro... aquí!!...

Nadie podía oírle con el estruendo de las olas y de los truenos. Sólo Carlota percibía sus gritos desde su camarote... y una sonrisa infernal se dibujaba en sus labios.

Carlota estaba tranquila. Esperaba. Sabía perfectamente que Rinaldo había de ir por ella; es decir por Zaida, cuyo puesto tan villanamente había usurpado.

—Todos a las chalupas—seguida vociferando Rinaldo desde su peligroso puesto, que ni pensaba en abandonar, sólo atento a salvar a los suyos.—¡Que nadie quede a bordo!

Pero el deber exigía que un hombre se quedase y el Príncipe eligió este puesto... El era el buque y debía salvarse o perecer con él...

S...O...S.

El Capitán Hobbart se acercó como pudo a Rinaldo y, tratando de hacerse entender a través del horrible concierto formado por el retumbante trueno y las encrespadas olas al chocar contra el navío que crujía de un modo alarmante, dijo:

—¡Todos están prontos, Alteza!... Nos hundimos por momentos... ¡Sólo falta esa orientall... ¡Hay

que abandonar el buque sin pérdida de momento!

Ante la sola insinuación de que Zaida corría peligro, Rinaldo voló en su auxilio. A duras penas podía dar un paso; tan bruscos eran los vaivenes del yacht, que se hacía difícilísimo el mantenerse en pie.

Al fin llegó al camarote de su amada... El agua invadió el corredor... Destruída por un golpe de mar una escotilla, entró un torrente de espuma que pareció inundarlo todo...

Era tal la ansiedad y agitación del Príncipe, que, naturalmente, no puso atención en lo que hacía y no se dio cuenta de la infernal substitución. Sobre la cama había un cuerpo de mujer que gemía quedamente... ¿Cómo podía dudar de que fuera Zaida? La tomó en sus vigorosos brazos y la llevó al exterior, mientras la pobre Zaida golpeaba furiosamente, sin ser oída, las paredes de su habitación.

No bien llegó Rinaldo a cubierta dió orden de embarcar en las chalupas, que ya danzaban furiosamente sobre las olas.

—El telegrafista gritó Rinaldo—puede abandonar su puesto... ¡Todos a las chalupas!

En un santiamén se acomodaron en las frágiles embarcaciones.

Para asegurarse de que todos estaban allí, el Príncipe vociferó:

—¡Carlota!...

Y una voz repuso desde el fondo del bote:

—Aquí...

—¡Los oficiales!

—¡Aquí!

—Mis marineros... la dotación!

—¡Presentes!

—¿Y Brick... mi camarada... ¿dónde está Brick?!

—En mi puesto—contestó una voz desde el interior del yacht.

—¡Embarca... pronto!... ¡El buque se hunde!

Y reclamado por otras atenciones, Rinaldo quedó convencido de que el fiel marino había saltado a la chalupa. Los rayos continuaban iluminando la trágica escena, seguidos de truenos imponentes que coreaban la estruendosa canción de las olas.

Pero Brick no había saltado. Observó que en un camarote había luz y, sospechando que algo anormal ocurría, despreciando el peligro, entró en el interior del yacht.

El navio se hundía por momentos. El agua entraba en él a torrentes. Pero Brick avanzaba impertérrito.

—¡Socorro!—pudo oír bien distintamente. No cabía la menor duda. Era Zaida.

Avivado su heroísmo, el valiente marinero luchaba con el líquido elemento para acercarse al camarote.

Con un hacha derrumbó la puerta... Y en efecto, Zaida, muerta de miedo, cayó en sus brazos.

Nadando, a empujones, dando traspiés, como

pudo... llegó Brick con su preciosa carga sobre cubierta... La popa del buque ya estaba casi hundida... Las chalupas se hallaban bastante lejos. Dejó a Zaida sobre un montón de cuerdas sólidamente amarradas con argollas de hierro y subió al puente... e hizo funcionar la sirena que, imponente, lanzó sus notas sonoras al espacio.

—¡Qué significa esto!—gritó Rinaldo aterrado.—La sirena del yacht... ¡Pronto, a bordo otra vez!

Y los brazos vigorosos de los marinos impulsaron la chalupa hacia el barco, que se hundía ostensiblemente. Aquellos instantes fueron tan angustiosos, que a duras penas podrían describirse.

Cuando reconoció a Zaida, el Príncipe lanzó un grito que no pudo reprimir.

El heroico Brick trasladó a la preciosa mujer a la chalupa y de un salto volvió al yacht.

—¡Ven de una vez, heroico Brick!—gritábale Rinaldo desesperado y nerviosísimo.

—¡Ya va... ya va!... ¡Un segundo!...

Y Brick desapareció nuevamente en el interior del navio.

—Pero ¿qué espera ese hombre?—exclamó desesperado el Capitán Hobbart que, mandando el bote más pequeño, también se había acercado.—¡Nos vamos a hundir en el remolino del buque!...

—¡Brick!—insistió Rinaldo desconcertado.—Salta de una vez... ¡Yo te lo ordeno!

Por fin apareció el bravo marinero. Llevaba en

sus brazos a su querida cabrita, que balaba aterrada.

—¡Aquí estamos!—exclamó satisfecho el valeroso Brick.—¡Ahora sí que ya no queda nadie a bordo!...

De pronto surgió imponente en la oscuridad un núcleo de estrellas rojas... Era el titán que había acudido al llamamiento desesperado... Era la salvación... ¡¡La vida!!

EN LA PATRIA

En la Corte, la llegada del joven Príncipe fué acogida con el máximo de cordialidad que permite la etiqueta. Carlota, y su madre la Princesa Palowna, recibieron los homenajes de todos los cortesanos, por cuanto se conceptuaba poco más que inminente la boda de la Duquesa con el Príncipe que, por muerte de su padre, era el Príncipe reinante.

Rinaldo tuvo la alegría de saludar a su viejo preceptor.

—Mi querido Godofredo—le dijo jovialmente,—no sabes la alegría que siento al volverte a estrechar la mano.

Los ministros del Interior y del Exterior eran dos sujetos diametralmente opuestos en estatura aunque iguales en categoría. El uno media algo más de un metro setenta de altura; el otro apenas llegaba a los noventa centímetros. Se entendían a las mil ma-

ravillas, pues eran rastreros, tortuosos e intrigantes por igual. Sostenían con tesón el partido de la



...que por muerte de su padre, era el Príncipe reinante.

Duquesa, en cuya boda habían cifrado la victoria de sus ambiciones.

Brick había ascendido al cargo que él quisiera, sin tener ninguno fijo. Desde los últimos aconte-

cimientos era descaradamente el simpático favorito del Príncipe.

Sólo Zaida estaba triste.

—¿Qué tienes, Zaida?—le preguntó Rinaldo al día siguiente de su llegada a la capital al encontrarla en el vasto salón de recepciones. —¿Por qué tiembles?... Soy el mismo de antes... el mismo de siempre...

—Tú, ahora como antes—repuso la joven con la voz entrecortada por la emoción, sin atreverse a levantar los hermosos ojos—, eres mi soberano... Pero hubiera preferido que no lo fueras *de veras*... ¡Dios quiera que no pase a ser la última de tus súbditas!

Rinaldo rió de buena gana. La besó la mano con entusiasmo y después, dirigiéndose al mayordomo de cámara, ordenó:

—La señorita Zaida pasará a ocupar las habitaciones de honor... Que las dispongan inmediatamente.

Al oír semejante orden, Carlota, que se hallaba en un corro de cortesanos no muy alejada del Príncipe, se puso pálida y, llamando con sigilo aparte al ministro del Interior, le dijo misteriosamente:

—Mi querido barón Nitchozsky... esta mujer puede ser un obstáculo para la buena marcha de la nave del Estado.

—Nunca el Príncipe se atreverá a llevar al altar a una mujer como esta—comentó el Ministro, com-

prendiendo lo que la Duquesa quería decir.—El es joven... ¡pero aquí estamos nosotros para impedirlo!... ¡Vos, querida Duquesa, sois la mujer que hemos



—La señorita Zaida pasará a ocupar las habitaciones de honor... Que las dispongan inmediatamente.

escogido para sentarse en el Trono Principesco!...

—Pero el Príncipe no consentirá nunca en abandonar a esa mujer...

—Esa mujer... puede desaparecer...

—Entonces... *habrá que suprimirla?*...

—Ella nos lo habrá de decir.

Y con estas terribles palabras, aquellos miserables se separaron.

EL SECUESTRO

—¿Eh, verdad que está bien el himno de nuestra nación?—preguntaba cierto atardecer jocosamente Brick a Zaida, que se había hecho definitivamente también su mejor amiga, mientras con sus dedos callosos trataba de tocar en el piano el himno nacional.

Zaida reía de buena gana. Era dichosa. Ocupaba uno de los departamentos más lujosos del palacio... Sin embargo, cierta amargura acibaraba su felicidad. Rinaldo, requerido por el enorme trabajo que pesaba sobre sus hombros, no podía dedicarse sólo a ella. Además, su propio buen nombre exigía que no se vieran nunca a solas... Y ella temía que entre los dos fuera solidificándose una muralla de hielo construida por la etiqueta.

Brick la tranquilizaba siempre. Terminadas las enojosas ceremonias de la coronación, Rinaldo, que no necesitaba doblegarse a la voluntad de nadie, la llevaría seguramente al altar y serían dichosos.

Cuando Zaida se quedó sola, observó que entraban sigilosamente cuatro criados de la guardia personal del Príncipe, a cuyo frente iba su jefe, que, al verse descubierto, la saludó con profundo respeto...

Pero mientras Zaida correspondía al saludo con una ligera inclinación de cabeza, los otros cuatro hombres, echándole un saco por la cabeza, la ataron de pies y manos.

El barón Nitchozsky, azuzado por Carlota, había ordenado el golpe. En sus conversaciones con el Príncipe, harto había comprendido que nada sacaría a las buenas de la férrea voluntad del joven monarca, que estaba decidido a casarse pasando por encima de todo.

Zaida fué conducida a una pequeña habitación situada en el piso alto del palacio. Al verse libre de sus ligaduras quedó de hinojos en el suelo, mirando aterrada a sus raptos que se cuadraron ante ella.

Instrucciones venidas de muy alto, nos mandan guardaros prisionera hasta nueva orden—le dijo el jefe.

Y, dejándola sumida en un mar de confusiones, se alejaron, cerrando la puerta con llave.

Entretanto Brick llegaba a las habitaciones de Zaida cargado con infinidad de cajas y paquetes. Habían llegado todos los encargos que hiciera la joven el día antes, ganosa de vestirse a la europea

definitivamente. Su paso por las tiendas fué señalado por los afortunados comerciantes como el de un hada que repartiese el oro a manos llenas. Se enamoraba de todo, se extasiaba ante todo. Mujer exquisitamente femenina, vivía momentos de indescriptible gozo al ver y poder adquirir tantas cosas enloquecedoras.

—¡Zaida! ¡Zaida!—gritó Brick a través de sus innumerables paquetes.—Traigo los sombreros, los trajes, las medias, los zapatos, las ligas, los guantes, las pieles, los perfumes y el tubito de rojo para los labios...

Pero nadie contestaba.

—¡Zaida!... ¡Zaida!...

El mismo resultado. Entonces Brick sospechó que algo insólito ocurría y, dejando caer los paquetes, empezó a buscar a la joven por todas partes.

De pronto sus pies tropezaron con algo duro. Era un enorme botón de las libreas de la guardia personal del Príncipe.

Guardésole cuidadosamente en el bolsillo y echó a correr hacia las habitaciones del Monarca.

Este se encontraba en su despacho particular conversando con su preceptor el marqués Godofredo, que le refería la actitud de intransigencia en que se habían colocado los cortesanos influyentes respecto a su boda con Zaida.

—¡No he nacido soberano—exclamó Rinaldo con

inusitada energía—para violentar mi voluntad en lo que personalmente me atañe...

En aquel momento entró Brick, sudoroso y jadeante, gritando:

—¡Señor... señor!... ¡Nos han robado a Zaida!...

Mientras estas escenas se desarrollaban en el gabinete del Príncipe, el barón Nitchozsky había subido hasta la celda en que había quedado prisionera la desventurada joven, que no cometiera más delito que el de amar con locura a un Soberano.

—Si sois dócil—le dijo ceremoniosamente el Ministro—recobraréis la libertad, siendo reintegrada al palacio del Califa... En caso contrario... podríamos vernos obligados a haceros enmudecer para siempre.

Perversamente colocaba a la hermosa joven en una alternativa terrible.

Zaida aun no conocía la maldad de los hombres. Así, acercándose a él, tuvo la candidez de suplicar con las lágrimas en los ojos, la garganta anudada por el dolor:

—Por Dios, señor Ministro... seré buena... dócil... ¡Pero déjenme casar con él!

Nitchozsky la miró con severidad, como reprendiéndola por quererle burlar de él... Pero era tal la candidez de aquellos ojos suplicantes, que quedó desconcertado... Saludó ceremoniosamente y la dejó sollozando sobre un canapé, donde se dejó caer desesperada.

—A la primera señal de rebeldía—recomendó el

Ministro al jefe del personal privado que había sido su cómplice y guardaba la puerta de la celda—no vaciles en darle muerte... ¡Y respondes del silencio con tu propia cabeza!

Entretanto Rinaldo estaba fuera de sí. El relato hecho por Brick de la desaparición de Zaida le había enfurecido.

—Godofredo dijo con voz temblorosa por la emoción y la ira.—Algo horrible se trama... ¡Cuento con tu lealtad y abnegación!

Y estrechó la mano al buen Marqués, que recibió la recomendación enternecido. Pero Brick estaba allí... y poniendo su mano sobre las del Príncipe y Godofredo, que permanecían unidas, exclamó con los ojos centelleantes:

—¡Contad con *nuestra* lealtad y abnegación!...

—Tú me debes más que lealtad—le dijo Rinaldo mirándole cariñosamente...—¡Tú eres mi camarada!

En aquel instante anunciaron la visita del barón Nitchozsky.

—¿Dónde está la señorita Zaida?—le lanzó en el rostro a boca de jarro el Príncipe en cuanto entró...

—¿Quién ha osado causarle la menor molestia?

—Lo ignoramos... Pero la presencia de esa muchacha, que después de la boda de su Alteza podrá buscarse si así lo deseáis... no podía ser realmente tolerada *antes* en palacio...

Brick, que estaba detrás del Príncipe, se indignó,

y no pudiéndose contener, apuntó a su querido amor:

—¡Sed enérgicos!... ¡El tío este se cree que es vuestra niñera!...

—Por lo demás—continuó el Ministro respetuosamente, pero con decisión rayana en la insolencia,—esa chiquilla estaba guardada por la guardia personal de Su Alteza.

Rinaldo escuchaba a aquel hombre con deseos de lanzarse sobre él y estrangularle... Todo el ardor de su fogosa juventud se sublevaba... Por fortuna tenía un gran dominio sobre sí y se limitó a decir:

—¡En primer lugar, os prohibo que habléis con tal irreverencia de la que he escogido para esposa mía y soberana vuestra!...

Varios Ministros entraron en aquel instante para apoyar al apurado colega.

—¡Alteza, por Dios!—suplicaron.—No podéis pensar en hacer vuestra esposa a una mujer por cuyas venas no corre sangre de ninguna Casa reinante...

—¡Corre por sus venas la sangre de mi corazón—exclamó el Príncipe con vehemencia—y esto basta, señores!

Brick, viendo el cariz que tomaban las cosas *protocolarias*, retiróse de la estancia decidido a efectuar por su cuenta toda clase de averiguaciones.

EL SOBERANO Y SU PUEBLO

Aquella noche se celebraban varios festejos en honor del joven Príncipe. La ciudad estaba engalanada. Se habían anunciado imponentes fuegos de artificio. Puede decirse que toda la población se había congregado ante el palacio, deseosa de tributar una entusiasta ovación a su nuevo Príncipe reinante, que, siendo siempre heredero del trono, ya contaba con las simpatías de los naturales.

Brick, fiel al plan que se había trazado, se ocultó detrás de unas cortinas en las habitaciones de Zaida. Estaba seguro de que el guardia que notara la desaparición de su botón no había de tardar en buscarlo por allí, deseoso de no dejar de manifiesto prueba ninguna.

Y en efecto, a la media hora de espera, el jefe que había dirigido el odioso rapto entró en la habitación, buscando afanosamente por el suelo la prenda que había perdido.

Su confusión fué enorme cuando se encontró sin

esperarlo ante Brick, que jugueteaba con el botón en una mano y que, mirándole de un modo elocuente, le decía:

—Me parece que estás buscando lo que hace mucho rato tengo en mi poder... Nada de perder el tiempo ¿eh, monín?... Anda, dime: ¿dónde está la señorita Zaida?

A aquella hora se celebraba en palacio la primera recepción del Príncipe, ceremonia trascendental en la vida de corte del Principado.

La amplia Sala del Trono estaba esplendorosa, inundada de luz que hacía resaltar la riqueza de sus tapices y la belleza de sus artesanados, y adornada con la presencia de numerosas mujeres hermosísimas, ataviadas con sus mejores galas. Los uniformes y los fracs de los hombres completaban el cuadro.

De pronto la voz sonora del marqués Godofredo conmovió a la brillante concurrencia.

—¡Su Alteza el Príncipe reinante!

Rinaldo apareció en la sala precedido de sus maceros. Un murmullo de admiración escapóse de todas las bocas. Realmente el joven era la verdadera encarnación de un príncipe de ensueño. Vestía traje blanco de húsar y cruzaba su amplio pecho la banda bicolor de la más preciada orden de su Nación.

Joven, apuesto y simpático, conquistaba prontamente todas las adhesiones.

Mientras desarrollábase la recepción oficial, Brick no perdía su tiempo. Con la ayuda del convincente argumento de un revólver encañonado contra el jefe de la guardia personal del Príncipe, consiguió



Rinaldo apareció en la sala...

que aquel cobarde le condujera hasta la celda en que Zaida permanecía encerrada.

La escena entre Brick y la hermosa joven, no es para descrita. Si Zaida hubiera podido recibir en aquel momento la visita de su propio padre, no hubiera experimentado mayor alegría.

Por la ventana llegaban claramente los gritos

de entusiasmo del pueblo congregado delante del palacio pidiendo que el Príncipe se asomara al balcón.

Después de hablar unos momentos atropelladamente con Zaida, Brick la recomendó:

—Confío en mí... Y usted, entretanto, no se preocupe sino de querer a mi Príncipe con todas las fuerzas de su alma.

—Yo exclamó Zaida entusiasmada.—¡le adoro!... ¡No puedo quererle más!... Pero tú no sabes lo que me aflige el que esté tan alto... tan alto para una miserable criatura que sólo tiene su pobre corazón...

Brick no pudo contestar. Gritos entusiastas de «Viva el príncipe Rinaldo», llegaban ensordecedores desde la calle. Zaida y su buen amigo asomaronse a la ventana. El espectáculo que divisaron no podía ser más imponente. Innumera multitud se agolpaba ante el edificio principesco. La luz de los fuegos de artificio, aun no extinguidos del todo, iluminaba fantásticamente la compacta masa humana. Todos aplaudían, echaban al aire sus sombreros y arrollaban a los severos guardias de a caballo, que intentaban en vano contener la avalancha de la muchedumbre.

Muchas mujeres lloraban emocionadas... Por fin apareció en el balcón el príncipe Rinaldo, saludando afablemente a todas aquellas gentes ebrias de entusiasmo. Su aparición fué saludada con un recrudecimiento inverosímil en los aplausos y los vivas.

Millares de pañuelos y sombreros se agitaban en el aire. Los guardias eran impotentes para mantener a raya el entusiasmo desbordante de tantos corazones henchidos de alegría.

—¡Cuánto le quiero!—dijo Brick a Zaida, la voz velada por la emoción, los ojos arrasados en lágrimas...—¡Cuánto le queremos todos!—terminó llorando de alegría y posando su cabeza en el pecho de Zaida, que también lloraba emocionadísima.

De pronto el viejo Brick pareció reaccionar. Ni él supo nunca explicarse de donde sacó tal energía. Con una voz estruendosa que se oyó por encima de todo el tumulto de vivas y aplausos, gritó:

—¡¡¡Viva el príncipe Rinaldo... señor de corazones!!!

—Y la multitud, mirando hacia la ventana, prorrumpió en un indescriptible «¡¡¡Viva!!!».

—Adiós, Zaida—dijo después satisfecho.—Me voy a ver al Príncipe.

—Ve, Brick—añadió Zaida, loca de emoción—y dile... ¡que le quiero!... ¡que le quiero!... que... que... ¡¡¡Que le quiero!!!

Y lloraba y reía a un tiempo y su pecho agitábase tumultuosamente. Brick no pudo contenerse a la fuerza ingenua de aquel cariño. La abrazó y besóla en la frente. Luego, encaramándose a una mesa, tiró su gorra por la ventana y pudo arrancar nuevamente de sus pulmones un estentóreo:

—¡¡¡¡Viva el Príncipe bueno y simpático!!!!

—Y ahora nos toca entrar en acción a nosotros—
dijo, dirigiéndose a Zaida.—¡A trabajar para darle
la alegría mayor de su vida!... ¡¡Va usted a ver!!

LOS ENAMORADOS

Brick se las arregló de manera de poder ver a Rinaldo en su despacho particular. No fué muy fácil para el Príncipe substraerse al festejo que en su honor se llevaba a cabo. Estaba emocionadísimo por las muestras de afecto que le había dado su pueblo.

En cuanto entró en su estudio, Brick casi le abrazó echando en olvido la etiqueta que aprisiona hipócritamente los corazones.

—¡No hay un minuto que perder!—dijole atropelladamente. —La he encontrado, está bien, muchas gracias. Os quiere, vos la queréis, pregunta por vos, quiere veros, vos también... ¡Pronto!... ¡Os espera!

Rinaldo escuchó aquellas palabras con verdadera

frucción. Realmente las emociones recibidas por el joven eran de una intensidad extraordinaria.

Recapacitó unos instantes. Después, abrazando a Brick que con los ojos centelleantes de satisfacción esperaba las palabras de su Príncipe, le dijo:

—Voy a verla en seguida... pero los espías están al acecho— agregó mientras quitábase el albo uniforme de corte.—Brick, mi viejo camarada... te suplico que por unos instantes aceptes el aplastante peso de la soberanía. No conviene que nadie observe mi ausencia en este instante.

Y eso diciendo había acabado de desprenderse del uniforme, que ofrecía a Brick, quien le miraba estupefacto.

Pero no había réplica posible. El bravo marinero vistió el ornato principesco, mientras Rinaldo poníase un elegante batín de terciopelo negro.

La escena que desarrollóse entre Zaida y Rinaldo no es para descrita. El joven quedóse unos momentos extático en el dintel de la puerta. Zaida le contemplaba absorta y admirada como a una aparición... Poco a poco fueron acercándose. Sus corazones batían con violencia inusitada... Sus ojos centelleaban, sus manos heladas temblaban... Por fin Rinaldo dió unos cuantos pasos y cayó de hinojos ante la amada como adorando a una imagen... la imagen de sus ensueños.

Y ella, vacilante, acarició su hermosa cabeza con sus manos de hada... y poco a poco fué desatán-

dose el nudo que la emoción había formado en su garganta... Y tomándola por la cintura, Rinaldo



...como adorando a una imagen... la imagen de sus ensueños.

la atrajo hacia sí y la sentó sobre sus rodillas, murmurando dulcemente:

—Te amo... te amo, reina de mi corazón...

Zaida entornaba los ojos, presa de una sensación sublime... Sus alientos confundieronse, sus bocas



Después ambos recobraron la confianza...

acercáronse, y un beso larguísimo encadenó sublimemente aquellos seres que tanto se amaban y tanto habían sufrido...

Después ambos recobraron la confianza, y en el goce interno que experimentaban hallaron la jocosidad y la alegría propias de su juventud... Y los besos más juguetones sucedieronse sin interrupción, intercalándose traviesos e incontenibles entre los planes que forjaban en conversación atropellada sobre el porvenir que les esperaba.

Para alcanzar la felicidad suprema de verse unidos para siempre, confiaban en la sagacidad y afecto de Brick... el cual estaba apurando las últimas gotas de alcohol que habíale proporcionado temeraria y distraídamente Rinaldo para que quedase esperando contento... Tan contento, que todo daba vueltas en su derredor y la magnificencia principesca estaba haciendo equilibrios para mantenerse en pie.

Rinaldo no se había equivocado. Los ministros del Interior y del Exterior espiaban al «Príncipe» a través de la cerradura... y grande fué su sorpresa al ver que el «Príncipe» se levantaba y daba traspiés por la estancia.

—¡Se tambalea!... ¡Le está dando un vahido!— comentaron.

Pero en aquel instante abrióse la puerta de par en par y los Ministros cayeron cuan largos eran a los pies del travieso Brick, que les miraba de un modo desconcertante.

Cuando los Ministros, después de haberse levan-

tado confusos, reconocieron a Brick, quedaron estupefactos.



—Señoras... ¡El Estado soy yo!

—¡Vos, Almirante!... exclamaron.—¡Y en este estado!

Señoras—dijo Brick muy serio, cerrándoles la puerta sobre las narices.—¡El Estado soy yo!

Y con estas palabras históricas cortó la escena.

LA BODA

Era costumbre que el Príncipe reinante contrajera sus bodas el día, precisamente, de su coronación.

La duquesa de Fritzburg no cabía en sí de gozo mientras se preparaba para el enlace que debía consagrar el triunfo definitivo de sus ambiciones, y daba satisfecha los últimos toques a la rica *toilette* que vestía...

Al mismo tiempo, Brick también vestía a una novia. Y ayudaba cómicamente a poner el velo a Zaida que, con el albo vestido, estaba tan hermosa que toda descripción fuera pálida para ponderar su belleza.

Rinaldo hacía rato que había salido para encaminarse a la Catedral, donde celebrábase con pompa inusitada la ceremonia de la coronación.

El Capitán Hobbart entró en la estancia de Carlota y, después de admirarla unos instantes, se le acercó diciendo:

—Carlota... tu sueño dorado se realiza... Ahora



Rinaldo hacia rato que había salido para encaminarse a la Catedral.

siento nacer en mí ambiciones similares a las tuyas... Ya no siento celos... Queriéndonos nosotros dos... ¡el Principado es nuestro!

—Ya sabía yo que llegaríamos a un acuerdo— dijo la Duquesa con una sonrisa extraña en los labios. —Pero—añadió de pronto con impaciencia—

me extraña que el marqués Godofredo no me venga a buscar para conducirme... al poder.

El marqués Godofredo, cómplice de Rinaldo y de Brick, conducía precisamente en aquellos instantes a Zaida... hacia el amor.

Brick, vestido de almirante, de gran chambelán, de cualquier cosa, hacía esfuerzos sobrehumanos para mantenerse a caballo. Su impaciencia por llegar a la imponente Catedral era tanta, que más de una vez estuvo a punto de caerse de su cabalgadura que, espoleada fomentamente, corría como un rayo.

Cuando llegó a la puerta de la iglesia, dejó el caballo al cuidado de un palafrenero y dirigióse hacia el altar mayor, donde Rinaldo acababa de recibir sobre sus sienes la corona principesca de manos del Arzobispo.

Los guardias se opusieron a que Brick llegara hasta cerca del Príncipe. El bravo marino insistía y prodújose un pequeño tumulto.

¡Quiten allá!—gritaba nuestro amigo fuera de sí.—¡A ver si no me van a dejar pasar a mí que soy el que ha montado este tinglado!

Afortunadamente lo reconocieron algunos palatinos y le fué franqueado el paso. Brick se situó al lado de los altos dignatarios, entre los que se encontraban, con la sonrisa del triunfo dibujada en los labios, los ministros del Interior y del Exterior, la princesa Palowna madre de la novia

y todos cuantos sostenían el partido de la joven duquesa de Fritzburg.

Terminada la ceremonia de la coronación, entró



...donde Rinaldo acababa de recibir sobre sus sienes la corona principesco.

en la iglesia, a los acordes del órgano y la orquesta la novia del Príncipe...

Entretanto Carlota y Hobbart seguían en la habitación de la primera.

—Pero ¿qué hace el Marqués que no viene a buscarme?—se preguntaba impaciente la Duquesa.—

—¿El Príncipe ya hace rato que ha salido de palacio!

—No te impacientes, Carlota—le dijo Hobbart, tratando de disimular su propia intranquilidad.—La ceremonia de la coronación no debe haber terminado... Sentémonos y esperemos.

Hacían bien en sentarse, pues en aquel momento el Arzobispo, dirigiéndose a la novia a la que acababa de dar su bendición uniéndola para siempre al príncipe Rinaldo, la decía:

—La Providencia en sus altos designios ha dispuesto que una extranjera sea la esposa de nuestro querido Príncipe... ¡Que Dios os bendiga!...

La princesa Palowna al escuchar aquellas palabras se puso pálida como un cadáver, y preguntó a los que la rodeaban no menos estupefactos que ella:

—¿Qué?... ¿Cómo?... ¿Qué ha dicho?... ¿Mi hija una extranjera?!

La novia se levantó el tupido velo que cubría su cabeza y, a la admiración de todos, ofreció el espléndido rostro de Zaida, un poco pálida por la emoción, refulgentes los ojos por la interna y sublime felicidad que experimentaba.

La princesa Palowna lanzó un pequeño grito y se desmayó.

Precisamente cayó en los brazos de Brick, el cual, con aire de triunfo, miraba a los circunstantes, diciendo a los más inmediatos:

—El Príncipe, el marqués Godofredo y un mo-



...y, tomando la corona que a su esposa estaba destinada, la colocó sobre sus sienes...

desto servidor, somos los autores de tan estupenda sorpresa... ¿Qué? ¿No se desmayan ustedes también,

señores del protocolo?... ¡¡Con lo bien que irá el Principado ahora, regentado por un hombre dichoso!!...

Rinaldo contemplaba a la que era su esposa desde hacía unos instantes del modo inefable que



...los regios esposos, rebotantes de alegría, salían del Templo

pueden mirar los enamorados a la mujer que adoran. Se levantó de su reclinatorio y, tomando la corona que a su esposa estaba destinada, la colocó sobre sus sienes, mientras la Catedral entera vibraba a los acordes de sus dos órganos y de la nutri-

dísima orquesta. El momento fué de lo más emocionante que concebirse pueda... Zaida miraba a su



Y hubo en el mundo una soberana más que conquistó un trono con su hermosura y la felicidad con las ternuras de su corazón.

Príncipe como a un ser venido de regiones supraterrénas para hacerlo el presente de todas las felicidades que puede ambicionar una mujer enamorada...

Brick sonreía beatíficamente, aunque seguía sosteniendo en sus brazos a la Princesa, que fingía aún no haber vuelto en sí... en tanto que los regios esposos, rebosantes de alegría, salían del Templo entre la hilera esplendente de cortesanos que los vitoreaban.

Y hubo en el mundo una soberana más que conquistó un Trono con su hermosura y la felicidad con las ternuras de su corazón.

Bernao

FÍN

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

TÍTULOS

de los libros publicados en esta misma Biblioteca

Ferragus (Los trece)

(Honoré de Balzac)

El pago que dan los hijos

(Gautier)

Bajo las garras del oro

(Honoré de Balzac)

El Escándalo

(Gautier)

La Inhumana

(Charles-L. Fourier) por Jacques Cudré

La barraca de los monstruos

(Pierre Alphonse) por Jacques Cudré

El Príncipe Encantador

(W. Paulsen) por Jacques Cudré y Nathalie Kovanko

Precio de cada libro: UNA PESETA

EN PRENSA:

UN ACONTECIMIENTO

TÍTULOS DE LOS LIBROS PUBLICADOS EN LA

BIBLIOTECA

Los grandes clásicos

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

LOS HIJOS DE NADIE

La película que no está en el cartel

EL TRIUNFO DE LA MUJER

de Giovanni Maria

EL PRISIONERO DE ZENDA

Alfonso Ferrer, Ramón Navarro, Louis Storch, etc.

EL JOVEN MEDARDUS

Michael Weisskopf

LOS ENEMIGOS DE LA MUJER

de V. Hirschfeld

UNA MUJER DE PARIS

Rosa F. Williams

EL CORSARIO

Amelia Novell y Lily Darden

PARA TODA LA VIDA

de Lucile Bousquet

CYRANO DE BERGERAC

de Edmond Rostand

DE MUJER A MUJER

por Betty Compson

LA HERMANA BLANCA

por William Gilk

EL MILAGRO DE LOS LOBOS

por Thomas Bangs y Saint Morris

Precio de cada libro: UNA PESETA

En breve: gran acontecimiento

No deje usted de comprar

el 12.º libro de la

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

DE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

El Milagro de los Lobos

Primera película que ha merecido el honor
de ser proyectada durante 15 días consecuti-
vos en el Teatro de la Gran Opera de París
y tres semanas en el suntuoso Coliseum
de Barcelona

PORTADA A BICOLOR

128 páginas

Profusión de fotografías

— GRAN EXITO —

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

es la simpática publicación sema-
nal de asuntos de películas apro-
bada por todos los públicos, por su
bella presentación y por el selecto
surtido de argumentos que pu-
blica para todos los gustos ::

SALE EN TODA ESPAÑA
LOS MIÉRCOLES

PRECIOS

NÚMEROS CORRIENTES:

Novela y postal: 25 céntimos

NÚMEROS EXTRAORDINARIOS:

Novela y postal: 50 céntimos

DE VENTA EN TODAS PARTES

COMPRE USTED

— EL ESPLÉNDIDO —

**NÚMERO
ALMANAQUE**

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un

Lujoso ALBUM

para coleccionar las

POSTALES DEL AÑO 1924



UNA PESETA